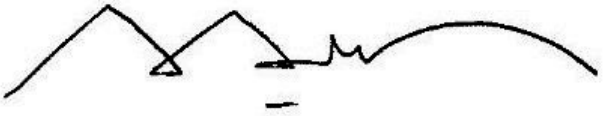
HISTORIAS de ESPERANZA

HISTORIAS DE ESPERANZA

En una cultura del vértigo y el desconcierto;
en un mundo agitado entre el desconsuelo y el sin sentido es posible descubrir pequeñas luces que se encienden en la oscuridad; sencillas flores que en el desierto nos encantan con su aroma y su color.

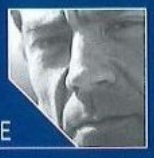
Durante años DESAFÍO ha ido tras sus huellas, recogiendo ese espíritu transformador, reporteando esas vidas que se han hecho en medio del fuego y del dolor.

Hoy, a través de este sencillo libro, recogemos sólo algunas de estas miles de "Historias de Esperanza", para ofrecerles su generosa y transparente entrega, para otorgarles su legado:
Una luz en el camino, una esperanza ante al miedo y el temor...



Pedro Alberto Arellano Marín

INDICE

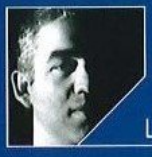

EDUARDO CHARME

MARLEEN DEBLIECK

GALLARDO - CAÑAS

MARY ANNE STRITER

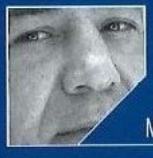
BETTY GONZÁLEZ


LUCAS ESTRELLA

PAULINA LIZAMA

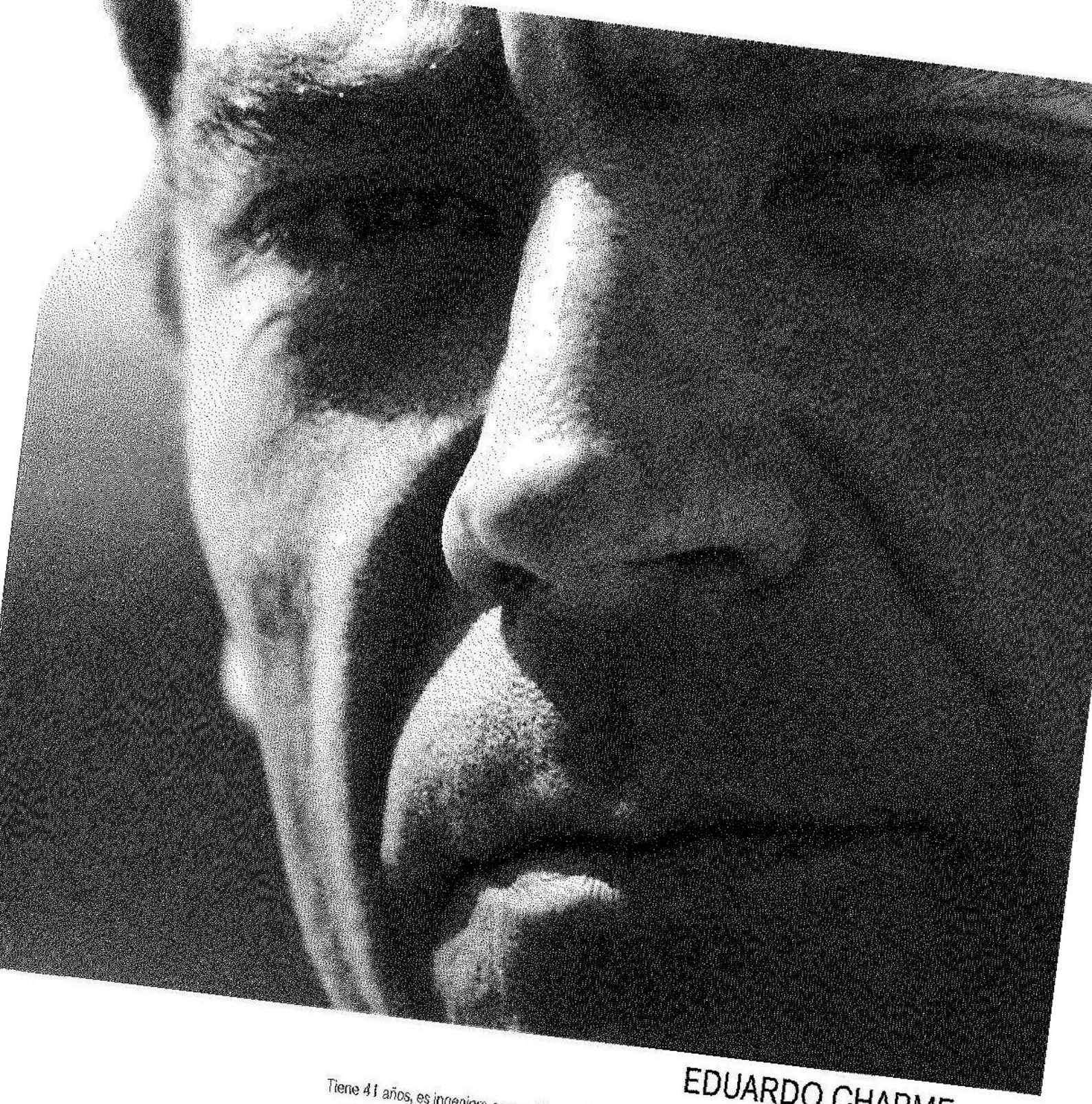
JOSSE VAN DER REST

FILMA CANALES


MANUEL HENRIQUEZ

VALENTINA VELARDE

CECILIA CASTELBLANCO



EDUARDO CHARME

Tiene 41 años, es ingeniero comercial, casado con tres hijos... Es adicto. Ha vivido en el infierno. Su historia está llena de tropiezos, caídas, peleas e intentos por ganar la batalla... Está vivo y quiere seguir luchando para lavar sus heridas y las muchas que ha provocado a los que más ama.

LA REHABILITACIÓN DEL ALMA

Por Mariella Rossi

La presencia de Eduardo impacta. En su cara se dibujan las profundas marcas de una vida equivocada. Su mirada -a ratos clavada en el horizonte- parece estar procesando en forma permanente recuerdos de un pasado que probablemente desearía con toda su alma borrar para siempre.

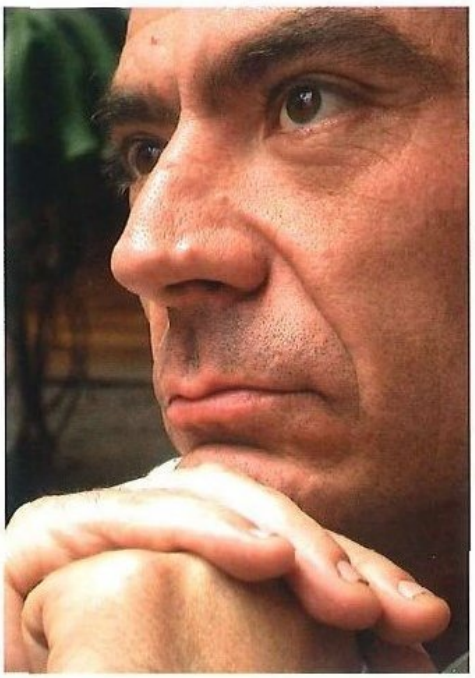
Uno de cada 10 adictos se recupera. Él lo sabe bien. Ha experimentado en carne propia lo que es volver a caer una y otra vez, pero ha dado la pelea sin darse por vencido y quizás ése es su gran mérito. "A veces en la noche me he despertado con un grito desesperado. Siento un gran alivio cuando compruebo que es una terrible pesadilla y que en realidad no he vuelto a consumir".

Después de estar cerca de dos décadas atrapado en las drogas, Eduardo lleva en su cuerpo, pero más que todo en su alma, la huella de esos interminables años. Sin duda que representa mayor edad de la que tiene, pero lo que más impresiona es cómo carga sobre sí el peso de su historia. Hoy su señora (Claudia) y sus tres hijos (Catalina 10, Eduardo ocho y Macarena de un año) son el motivo que lo impulsa a compartir su testimonio de manera muy pudorosa, pero al mismo tiempo transparente. "Mis hijos nacieron en un ambiente distinto, aprendieron la palabra droga desde temprano, vivieron la desesperación y la violencia que ésta puede acarrear. Es tiempo de entregarme a ellos, de compensar, de lavar lágrimas y curar el dolor. Tal vez, a través de mi testimonio puedan entender que su papá ya está de vuelta".

Conocer a este hombre de 41 años, alumno brillante del Colegio Tabancura, ganador de la Beca de Excelencia Académica en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, recuerda que la droga está en todas partes y que puede torcer los destinos de hasta los más afortunados. Su historia no es una de carencias afectivas, de soledad, de estrechez, de falta de afecto. Por el contrario, reconoce que la vida le dio muchas oportunidades y que todas las tiró por la borda. Su familia fue siempre cercana, su mamá cariñosa, su padre -a pesar de no vivir con ellos- estuvo todo el tiempo preocupado, sus hermanos afectuosos. Su colegio, un lugar bastante protegido, y sus amigos, muy normales. Vivió en un medio socioeconómico alto que no le permitió experimentar necesidades, pero tampoco excesos. Era todo tan normal, tan típico que tal vez le parecía aburrido a este joven "tremendamente impulsivo, llevado de sus ideas, omnipotente, hipersensitivo".

"Creo que en mí se dieron tres factores muy importantes que me llevaron rápidamente a la adicción. El primero es que me encantó desde el primer pito, las sensaciones siempre fueron increíbles. El segundo es que aparentemente no me producía ninguna pérdida. El tercero es que me era útil, es decir, me

"Mis hijos nacieron en un ambiente distinto, aprendieron la palabra droga desde temprano, vivieron la desesperación y la violencia que ésta puede acarrear. Es tiempo de entregarme a ellos, de compensar, de lavar lágrimas y curar el dolor. Tal vez, a través de mi testimonio *puedan entender que su papá ya está de vuelta*"



servía para romper reglas, porque yo era todo lo políticamente correcto que un joven puede ser y esto me sacaba del esquema. Cuando empecé a consumir me sentía macanudo, pensé que si existía un riesgo, éste no era para mí. Me creía perfecto porque incluso era capaz de violar las normas sin que nadie lo notara. Entonces, mi sensación de omnipotencia crecía cada vez más".

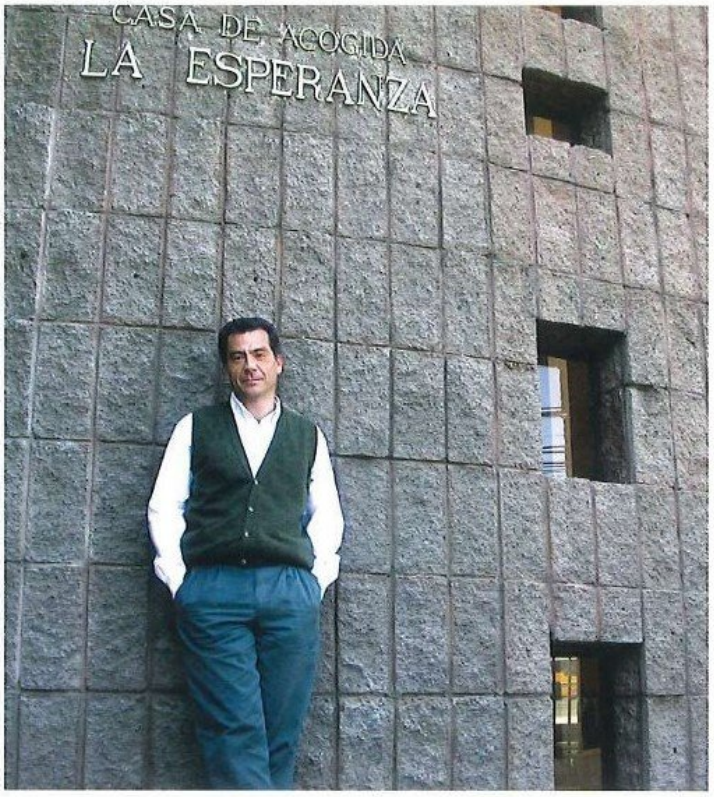
Aunque sin notarlo, Eduardo se iba aniquilando externa e internamente. No sólo destruyó su posición económica, sino que rompió la confianza de quienes más lo amaban. "Me farreé un bienestar económico, una carrera, una cuenta en Nueva York... pero sin duda lo peor es que me farreé los afectos y eso es con lo más que me cuesta vivir, fui capaz de desperdiciar todo el cariño que tuve cerca".

"Cuando uno es adicto, los que más sufren son las personas que más te quieren, porque saben que no pueden hacer nada. La desesperación es un sentimiento que los habita permanentemente... Recuerdo cuando Claudia me pedía angustiada que me alejara de ella y de mi hija Catalina, porque el daño era demasiado... También me acuerdo de aquella noche en que mi mamá me tomó, me subió al auto, me dejó en un lugar súper apartado y me dijo: Hijo, por favor ándate y no vuelvas, ya no puedo soportar más tanto dolor... Estoy seguro de que ella ofreció su vida por mí, de alguna manera siento que yo la llevé a la muerte".

Si hay algo que la droga logra en forma magistral es adormecer por completo los sentimientos y su consumo hace que las personas vayan perdiendo el sentido de todo el resto. "Yo llegué a tener cero capacidad de relacionar mi adicción a lo que me estaba ocurriendo... Mi primera señora, después de tres años de estar casados, un día tomó sus maletas y se mandó a cambiar y no la vi nunca más... Pero yo jamás procesé esa pérdida, seguí mi vida con el orgullo dolido, pero casi sin ningún sentimiento involucrado".

UN SÍ QUE CAMBIÓ SU VIDA

Eduardo jamás sospecharía que un simple pito de marihuana transformaría su vida por completo: "Yo empecé a consumir de la mano de mis mejores amigos, no de adictos ni de personas extrañas; recuerdo que un día en el colegio me ofrecieron pitear y sin cuestionarme nada dije: Sí. De allí en adelante no hubo vuelta atrás . Así comencé una escala de consumo, mientras seguía viviendo mi vida de manera absolutamente normal. Luego en la universidad seguía teniendo tan buen rendimiento que nada me importaba. Vivía una esquizofrenia y una disociación increíble. Un día me tomaron preso porque me descubrieron comprando un papelillo, estuve todo el día en la comisaría y en la noche cuando salí me fui a comer con mi amigo y profesor Jaime Guzmán Errázuriz".



"Yo divido mi historia en antes de la coca y después de ella. La primera etapa tuvo aparentemente pocos costos, pero después las cosas empezaron a cambiar porque la cocaína se transformó en el eje de mi vida . Mi primera experiencia profesional en un bufete de abogados propio fue un gran fracaso. No solamente lo perdí todo, sino que le quedé debiendo plata a medio mundo. Todo esto se produjo porque me estaba yendo tan bien que en un momento de estrés y de sobrecarga laboral recordé que la coca me podía ayudar. Tardé muy poco tiempo en volverme adicto. Es que cuando uno aprende a manejar o evitar los problemas echándose algo encima se acostumbra a pensar que es la única y más eficaz manera de hacerles frente a las dificultades de la vida".

UNA VIDA NUEVA

Después de esa dura experiencia me fui con un buen amigo a pasar una temporada al campo, allí tomé leche, me alimenté muy bien y me repuse con una vida tranquila fuera del estrés y del peligro del consumo... Volví a Santiago con la certeza de haber aprendido la lección y empecé una vida nueva.

Conocí a Claudia, la mujer de mi vida. Ella había tenido que arreglárselas siempre sola y cuando supo que yo había vivido la experiencia de la droga pensó: si este tipo fue capaz de superar esto, entonces va a ser la persona que me puede proteger y cuidar. Nos casamos, en ese entonces trabajaba en una empresa minera, y esperamos a nuestro primer hijo. Nació la Cata y fue una experiencia maravillosa, todo funcionaba espectacular, nos llevábamos regio como pareja, teníamos una casa linda, una hija sana, amigos, suficientes comodidades, etc. Un día, cuando la Cata tenía 6 meses, me puse a revisar unos papeles y encontré el teléfono de una tipa que me vendía coca. Entonces se transformó en idea fija y pensé que a estas alturas yo de más podía manejarla y que debía demostrarme a mí mismo que era capaz y que había aprendido la lección. Y como estaba todo maravillosamente bien, esto sería como la guinda de la torta".

En ese minuto la vida de Eduardo definitivamente entró en un oscuro túnel. Si antes le había tardado un par de meses caer en la ruina, esta vez bastaron un par de semanas para que las cosas cambiaran en forma dramática. No sólo perdió su trabajo sino que se dejó casi morir. "Dejé de comer, de estar con la gente, de relacionarme con mi familia, llegué a pesar menos de 40 kilos, estaba desnutrido, tenía convulsiones...". Los caminos posibles eran: la muerte o la rehabilitación. Otra vez Eduardo optó por el segundo.

De allí en adelante su vida se transforma en un deambular por clínicas. Historias de mil y una caídas y de cientos y cientos de intentos de rehabilitación... Su relación familiar, totalmente debilitada por periodos, a veces tomaba fuerza y parecía recomponerse. "Estuve en tratamiento en Europa y Claudia me acompañó por un buen tiempo en una comunidad en Sevilla. Se fue a vivir conmigo con la Cata e incluso allí nació nuestro segundo hijo. Fue una experiencia dura, de mucho rigor, pero tener cerca a los míos me ayudó demasiado".

"De vuelta en Santiago fue muy difícil empezar una nueva vida y volví a caer y volví a levantarme. Me interné en una comunidad terapéutica en Colina y allí estuve más de un año, incluso me quedé trabajando. En ese lugar descubrí algo que creo que ha sido una gran luz en mi camino. Me di cuenta de que necesitaba estar siempre en contacto con otros adictos, para no olvidar nunca la lección; para darme cuenta de que no era omnipotente, sino que era como todos los demás, un hombre lleno de fragilidades y carencias".

Entonces surgió una posibilidad de trabajar en la Corporación la Esperanza, fundada por Jaime Orpis y que rehabilita jóvenes de escasos recursos . Allí está hace tres años liderando un proyecto de prevención de droga principalmente en las empresas. Su experiencia le ha permitido conocer estos dos mundos, y por cierto que su aporte a la fundación ha sido significativo.

Él cree que tiene mucho que entregar a esos jóvenes que llegan abatidos y que igual que él se caen tantas veces; sin embargo, no quiere que lo miren como un ser bondadoso porque de ellos recibe mucho más de lo que él les entrega. A través de estos jóvenes mantiene en la retina permanentemente su vida de los últimos 20 años, ellos le recuerdan una vida sin sentido e inútil: "Creo que la vuelta resultó muy larga y los sufrimientos que provoqué fueron muchos para encontrarse con el que ahora soy".

Eduardo está tratando de perdonarse a sí mismo... Su decisión es de verdad: "Hoy me paro frente a la vida muy distinto, hoy confío en que los éxitos se logran por el trabajo, por el método, por la perseverancia, más que por los golpes de genialidad. Hoy estoy aprendiendo a ser humilde, es decir, a sentirme frágil, a pedir ayuda. Hoy no quiero seguir pensando en todo lo que no logré, sino que sólo debo agradecer a Dios por las oportunidades y regalos que me ha dado y me sigue dando todos los días".

"Me farreé un bienestar económico, una carrera, una cuenta en Nueva York... pero sin duda lo peor es que me farreé los afectos y *eso es con lo más que me cuesta vivir, fui capaz de desperdiciar todo el cariño que tuve cerca*".

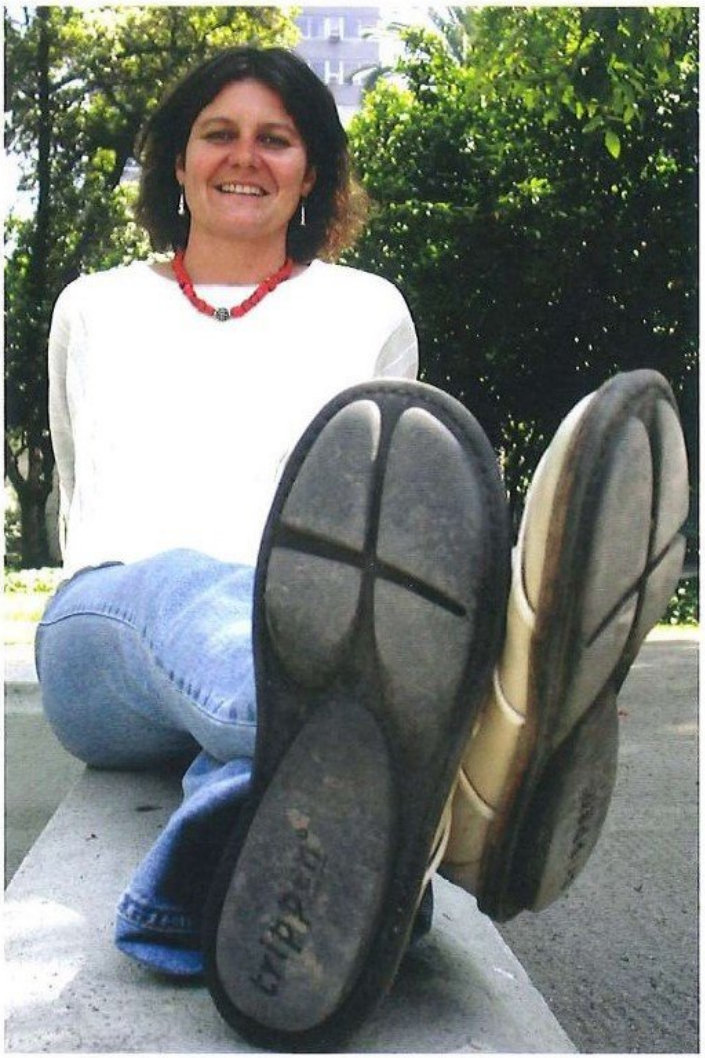
"Lo que no te destruye, te fortalece... Estoy vivo y mientras lo siga estando tendré la oportunidad de seguir construyendo, de seguir reparando y, sobre todo, de seguir amando. Aunque a veces me cueste.."

MARLEEN DEBLIECK

Nació en Bélgica y no se conformó con la vida cómoda de su natal Dilbeek. Desde niña buscó un sentido trascendente a su vida. Traspasó las fronteras de su país, se enamoró de Latinoamérica y se instaló en Chile para devolver la dignidad a miles de mujeres enterradas entre el carbón y la tierra de Coronel. Hoy dirige una empresa modelo: "Flores del Sur".

LA FLOR QUE VINO DEL NORTE

Por Felipe Rodriguez



Las espigas de trigo ya reflejaban el sol en sus granos y anunciaban buena cosecha, aquel verano del 62, cuando Marleen decidió inaugurar su vida. Apenas si le dio tiempo a Milú, la madre, para llegar a la sala de parto en el pequeño hospital de su natal Dilbeek, en Bélgica. Los tempranos balbuceos de palabras, sus grandes ojos verdes sosteniendo con fuerza la mirada de cualquiera que se pusiera por delante y las habituales escapadas en solitario por los sembradíos de la zona comenzaron a revolucionar la vida familiar, augurando el espíritu aventurero de la pequeña.

Con el paso de los años, ese rasgo se hizo cada vez más patente, "era una adolescente inquieta, buscando atenta a todo lo que ocurría más allá de las lomas de Dilbeek y las fronteras de mi país".

No fue fácil detenerla al finalizar los estudios, cuando quería emprender vuelo por el mundo. Papá Eugenio, cómplice silencioso, reflejaba sus propios sueños en el ímpetu de su "Mouche" (mosca loca), como cariñosamente le llamaba. Pero mamá era otra cosa. "Mira -me dijo- no me importa si viajar es lo que quieres, pero tú me sacas primero un título, de lo que sea, pero lo sacas". Teología y Macrobiótica ocuparon sus años siguientes en Lovaina, pero también aprovechaba cada tarde para sumergirse en cuanta película o documental de países empobrecidos hubiera en la ciudad. Sus piernas ágiles, animando una desvencijada bicicleta, la llevaban de un sitio a otro, "porque no podía estarme quieta, algo en mi interior intuía que mi vida estaba llamada a evolucionar en otras latitudes".

A nadie sorprendió que quisiera trabajar en casa de un acaudalado médico como "nana", para juntar el dinero que permitiera su anhelo de años, ni tampoco la sonrisa de triunfo cuando pasaje en mano partió a buscar su rumbo. Latinoamérica, el amante de sus sueños, la esperaba. Mientras transcurrían las horas de vuelo, muchas interrogantes respecto del futuro comenzaron a inquietarla, ¿qué haría de su vida después de este viaje?, porque de teóloga o especialista en macrobiótica no se veía. "Pero ¡bueno! -se dijo- no soy mujer de estudios, no, yo aprenderé en la experiencia, autodidacta, aunque pague noviciados". A partir de ese momento, sin un saber muy consciente, Marleen

Deblieck, con 21 años, establecía un principio personal de vida que le traería beneficios y errores para aprender.

Quizás fue el hecho que en el noveno y último mes de este "viaje de mi vida", el padre se unió a la aventura pertrechado de mochila, "y como éramos tan unidos, fue mágico". Quizás fueron la selva amazónica, las cumbres de los Andes altiplánicos, los proyectos sociales descubiertos in situ o "quizás algún rito shamánico lo que me dejó atada a esta tierra nueva". El regreso a Bélgica era más una visita, porque hilos invisibles la mantuvieron ligada por sobre el gran "charco" oceánico.

La niña dio sus primero pasos en Bélgica junto a su madre, abuelos, tíos y primos, plena del mismo afecto que Marleen conocía. Pronto la energía atávica que impregnaba su ser la llevó a mover cielo y tierra hasta lograr ser contratada por el gobierno belga como 'cooperante social', para algún país de Latinoamérica. "Dos años de contrato serían, y luego, ya veremos, dijeron". Marleen conocía en Bélgica los rostros, las historias de mujeres y hombres venidos de un país plagado de valles, refugiado en sí mismo hasta entonces entre los murallones andinos y el Océano Pacífico, Chile. La seducía develar el misterio, aprender de lo nuevo y dejar su impronta, "Yo sabía que mi vocación era aportar en generar calidad humana de vida en sociedad; porque el amor

A nadie sorprendió que quisiera trabajar en casa de un acaudalado médico como 'nana', para juntar el dinero que permitiera su anhelo de años, ni tampoco la sonrisa de triunfo cuando pasaje en mano partió a buscar su rumbo.

Dos años después, de regreso "en las alturas altiplánicas, mi alma fue fecundada con la identidad de madre. Cuando vi a Amalia y la tomé en mis brazos supe que Dios la había puesto en la tierra para mí". La primera de dos pequeñas que ella recibió como hijas para amarlas y promover su propio vuelo. Marleen, la pequeña 'Mouche' de papá, tenía en su bebé un vínculo indestructible con la tierra de Latinoamérica.

personal con el social caminan de la mano y -como aprendería tiempo después- a Dios rogando... y uno pone su parte también, algo así, ¿verdad?".

"¡Qué alegría cuando aprobaron mi destino a esa tierra nueva!, donde apoyaría organizaciones que promovieran a la mujer trabajadora, en el sur de Chile, Coronel; tierra de mapuches, de mineros, mujeres y hombres del carbón", le

dijeron. Pero evitó Marleen condicionar la mente, "pues bastaba saber del mar en la zona para ser feliz: ¡yo amaba y amo el mar!, su sensualidad, la energía vital, la fascinación y respeto del misterio que encierra, para ser conquistado, para entregarse, ser parte de él, ¡era genial!".

Había mar sí, carbón, mapuches y mujeres con potencial, pero el aterrizaje de Marleen y su pequeña hija, ya de dos años, fue otra cosa. Viniendo de Europa, el encuentro con la cultura del lugar fue como ser llevada a otra época de la historia. El valer arquetípico del macho dominaba. ¡Para colmo no era fácil generar organización en un país acostumbrado a callar lo esencial o donde otros se encargaban de silenciarlo!

"¿Qué hacer?, ¿por dónde empezar? y ahí entonces, al comienzo, tenía el desafío desnudo, mis ganas y algún par de ideas no más, porque las mujeres del lugar, domesticadas por siglos, estaban como dormidas y aceptaban; era una pobreza del interior, aprendida".

Sola, casi intuitivamente, fue integrándose a los ritmos cotidianos en la casa de pobladores que la acogía, como una mujer más, casi inadvertida, dejando transcurrir el tiempo aseando, preparando la comida, mudando a la "guagua", ayudando con los niños y "¡conversando con las vecinas!, porque era una red de vínculos e información poderosa, casi como las poseedoras de la tradición oral del pueblo". Aprendió, se integró y luego llegó el día de parir el fruto. Entre vecinas se corrió la voz,... con 'la gringa', ¡claro!, en la capilla este sábado de nuevo poh', "anímate, chiquilla". ¡Si la idea es "re-güena oh" !, y "nuestra organización de mujeres nació, sin muchos aspavientos, la llamamos 'Corporación PachaMama'".

Sanar a los actores que viven violencia intra familiar, educación y promoción de la mujer, capacitación de las mismas para que desempeñaran alguna actividad laboral que mejorase los ingresos de la familia, eran los ejes de cientos de intervenciones que -como olas de ese mar que amaba Marleen- generaban vida y color en las costas de la zona. "Tuve que negociar con

Sanar a los actores que viven violencia intrafamiliar, educación y promoción de la mujer, capacitación de las mismas para que desempeñaran alguna actividad laboral que mejorase los ingresos de la familia, eran los ejes de cientos de intervenciones que -como olas de ese mar que amaba Marleen- generaban vida y color en las costas de la zona.

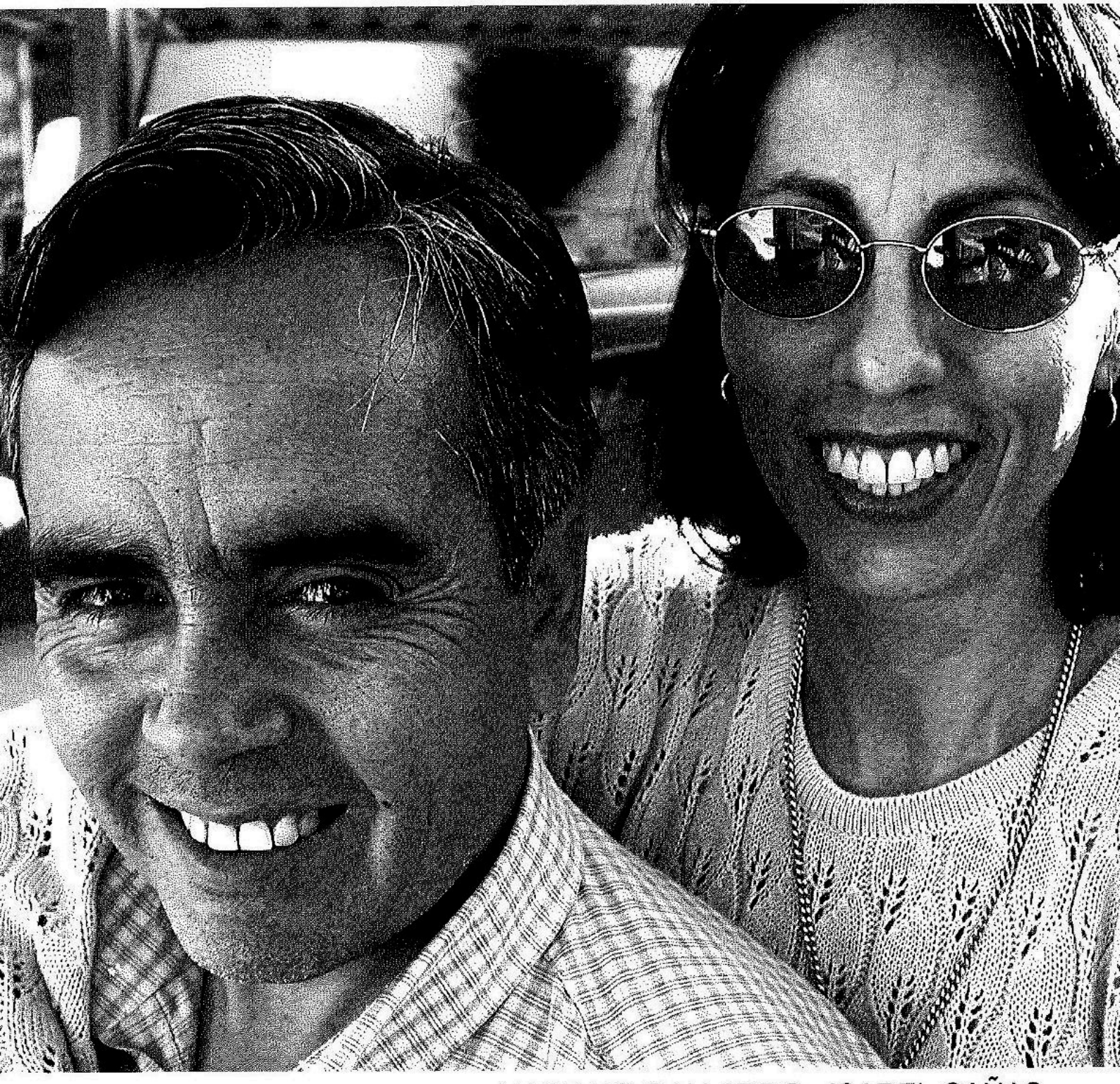
Quizás fueron la selva amazónica, las cumbres de los Andes altiplánicos, los proyectos sociales descubiertos in situ o "quizás algún rito shamánico lo que me dejó atada a esta tierra nueva para siempre".

Bélgica y prolongar mi contrato; además mi niña crecía, era más de esta tierra e historia, yo también tenía razones para continuar al menos por algún tiempo...". Pasaron años, aprendió y desempeñó con éxito el diseño de metodología, la gestión financiera para lograr recursos de los donantes que transformaron las vidas de casi 1500 mujeres, niños y sus familias.

Cuando en los 90el país era rebautizado como el "jaguar" de Latinoamérica, llegó la debacle para muchas ONGs, también para PachaMama, pues las agencias internacionales de cooperación variaron sus prioridades de ayuda. Marleen desesperó, aunque trataba que las demás cabezas de la organización no se dieran cuenta. "Sí -comentaba a sus íntimos- hay más vistas de pobreza en otros países cercanos, pero aquí también tenemos miles de pobres y no vamos a largar así no más 10 años de trabajo". Dispuesta a encontrar soluciones que desconocía, sabía que de no innovar, renovarse, adaptarse, sería imposible continuar adelante. Ese mar seductor le mostraba su fuerza desafiante y la alerta tuvo eco donde menos pensó que ocurriría. Al teléfono se coló un rayo de luz que iluminó el horizonte cuando le dieron la solución a la encerrona de la vida y además el capital necesario para iniciarse. Ella estuvo dispuesta nuevamente a dar un golpe de timón. "¡Sí!, haremos una empresa que nos deje ganancias para financiar a 'PachaMama', pero con transparencia, rentable, que dé salarios justos, que dé trabajo a la mujer, que capacite, que la gente esté orgullosa allí, la sienta suya, que sea una empresa que se proyecte y desarrolle con su gente, no por sobre ella".

Marleen lo logró, "Flores del Sur", nacía el verano del 2000. Pero los ciclos de la vida tenían nuevas lecciones en la evolución del desapego. Nada más dar inicio a la reciente empresa, la muerte de papá Eugenio, inesperada, en un accidente, la aturdió. "Bienvenida Mouche, mi niña, bienvenida, decía él cuando me abría sus brazos cálidos". PachaMama se defendía a duras penas, las hijas -que ya eran dos- andaban silenciosas por la casa, "Flores del Sur" y las mujeres esperaban. "Lloré, rabié, pateé, oré, mordí la fragilidad y regresé, después de vivir -honestamente- lo que había que experimentado en el dolor, porque entendí que yo también podía abrir los brazos -como él- y estar siempre atenta, para generar espacios donde nos podamos sentir realmente ¡bienvenidos!".

"Flores del Sur", con Marleen en el timón, flor que vino del norte para echar raíces en tierra chilena, fue premiada el año 2003 como una de las empresas nacionales más destacadas en calidad de prácticas laborales, rentabilidad y potencial. Sean estas líneas un sentido homenaje a la mujer, amante, compañera de camino, amiga, emprendedora, madre, en la riqueza y hermosura de su diversidad.



MARIANO GALLARDO - ISABEL CAÑAS

Al casarse ya tenían doce hijos. No hijos biológicos, sino hijos nacidos de su amor por los niños abandonados. La pareja formada por Isabel Cañas y Mariano Gallardo sintió el llamado de vivir a fondo las palabras de Jesús: "El que acoja a un niño en mi nombre, a mí me recibe". Y lo aceptó.

UNA VIDA DE ENTREGA

Por Cecilia Eyzaguirre

"De los 60 niños que iban al comedor infantil, optamos por quedarnos con los que estaban más solitos y vivir con ellos la experiencia de acogerlos y entregarles el cariño que no tenían"

Hay que ser valiente para comenzar la vida de matrimonio con una docena de hijos que ni siquiera son propios. Más encima cuando se es joven, cuando el marido apenas gana un sueldo de profesor primario y la mujer ha dejado de trabajar para dedicarse a la casa. Escogieron quedarse con los niños más abandonados del campamento que visitaban, con los que nadie quería hacerse cargo. Por milagro encontraron y empezaron a comprar una casa grande, capaz de acogerlos a todos, en la Población Buzeta de Cerrillos. La misma que hoy -22 años después- nos abre sus puertas para presentarnos a esta pareja y escuchar una historia de amor y de entrega que aún no termina.

Todo comenzó por el '75, cuando Isabel Cañas y Mariano Gallardo se encontraron en la parroquia San Juan de Dios. Isabel tenía 19 años y trabajaba como secretaria; Mariano, de 16, aún estaba en el colegio SS.CC. de los Padres Franceses en la Alameda y ayudaba en las labores parroquiales. La madre de Isabel había muerto cuando ella apenas tenía 11 años y dos años después falleció su papá. Mariano -por su parte- sintió desde muy pequeño una vocación de servicio, heredada de una madre muy creyente y de su padre, que participaba en obras solidarias a través de las cuales pudo conocer la pobreza y el abandono de miles de niños. "Todo esto me llevó a querer hacer algo concreto por ellos y al salir de 4° Medio entré al noviciado de los Salesianos, pensando que como sacerdote podría ayudarlos tal como lo había hecho don Bosco. Creía que era mi camino, estaba entusiasmado y loco por eso. Seis meses permanecí en el noviciado, pero luego entendí que no era lo mío y me retiré. Mientras tanto, Isabel había organizado un comedor infantil y me uní a su trabajo. Después implementamos un centro abierto en la parroquia y colonias de veraneo para no perder contacto con los niños durante las vacaciones. Atendíamos a chicos de dos campamentos, la mayoría con papás alcohólicos o que habían muerto, que vivían como allegados o eran enfermitos. A muchos los hacían trabajar. Incluso de repente los encontrábamos mendigando y no iban al colegio porque les habían vendido el uniforme y los útiles escolares que les habíamos conseguido. En ese sentido había una lucha con sus casas porque los mandaban a pedir, a recoger cartones o cantar en las micros y nosotros pretendíamos que fueran a la escuela; entonces decían que les estábamos quitando una fuente de ingresos. Todo un drama y ninguna experiencia de familia. Por eso, al ser acogidos en la parroquia se aferraban tanto a nosotros. Aquello nos fue comprometiendo cada vez más, a veces hasta nos hicimos sus apoderados para que siguieran estudiando...".

UNA FAMILIA DE VERDAD

Ni pololear tranquilos pudieron. Los niños andaban siempre a su lado y no les daban tiempo para estar solos. De los 60 que iban al comedor infantil, "optamos por quedarnos con los que estaban más solitos y vivir con ellos la experiencia de acogerlos y entregarles el cariño que no tenían".

¿Pero qué iba a pasar cuando Isabel y Mariano se casaran y se fueran de ahí? Los novios no dejaban de hacerse esa pregunta, pero luego formularon otra: "Y si soñamos con formar una familia, ¿por qué al casarnos no nos llevamos a los niños con nosotros?". Así lo hicieron. En 1981 se casaron, dos días escaparon a Cartagena y el resto de la luna de miel fue con sus doce hijos, todos hombres de entre ocho y 11 años. Mariano trabajaba en el Patrocinio de San José y de noche estudiaba pedagogía, Isabel se quedaba en casa: "Queríamos darles una familia de verdad, lo más normal posible. Una familia donde los niños nos llamaran papá y mamá, nos vieran como tales y compartieran con nosotros todo, desde el comedor hasta el mismo baño. Pensamos que merecían ser queridos y sentir el calor de una familia, y quisimos construir con ellos nuestro reino. Mi sueldo de profesor de religión debe haber sido entonces unos $35 mil mensuales, pero nunca nos faltó. Cáritas había cooperado con el comedor infantil y nos siguió ayudando con leche y mercadería, y la harina que nos daba, la entregábamos a una panadería para que nos hiciera el pan todos los días. Mi mamá nos ayudaba para callado y después lo hizo mi papá. Y así nos fuimos dando vueltas, con lo básico, pero bien".

Más tarde, cuando los mayores se fueron y hubo algunas vacantes, Isabel y Mariano acudieron a la Casa Nacional del Niño pidiendo que les entregaran a los pequeños que nadie había querido adoptar porque tenían alguna enfermedad o no eran ni tan lindos ni tan "sanitos" como la mayoría de la gente quiere. "Nuestra idea era justamente darle una familia al niño que va quedando de lado, al rechazado por otros. Nosotros los vemos como angelitos, porque son especiales en su entrega y nos hacen descubrir otra vida, otros valores", dice Isabel.

EL AMOR ES MAS FUERTE

No fue fácil. Algunos niños se mostraban demasiado posesivos porque llevaban dentro la marca del abandono y el fantasma de ser nuevamente abandonados; otros buscaban meterse en problemas para poner en juego el cariño de sus "padres", probar si era gratuito o condicionado. Y muchos, al haber sido rechazados y marginados, sentían que no servían para nada, que eran basura. Isabel cuenta que el primer tiempo le tocó batallar sola porque Mariano trabajaba todo el día: "Una señora me ayudaba y entre las dos hacíamos todo, pero quedé embarazada, llegó la guagua -un varón -, después otro y a pesar de toda la entrega, de repente no veía frutos sino rebeldías: 'Usted no es nada mío, qué me viene a decir tal cosa'. Aunque eran casos puntuales, en esos momentos me preguntaba qué estaba haciendo ahí. En el camino fui madurando y entendiendo que de niños tan mal tratados, tan sufridos, sólo podía esperar lo que ellos buenamente pudieran darme, nada más".

Mariano también sintió impotencia y frustración: "Ellos llevaban la herida de haber sido despreciados, entonces buscaban hacerles la vida imposible a las personas que trataban de darles amor. Toda esa rabia, esa incomprensión, la proyectaban en aquellos que tenían más cerca o veían más débiles. Y débil para ellos era quien les tenía paciencia. Nosotros anhelábamos ser sus papás, pero igual soñaban con su familia anterior, no importa cómo hubiese sido. Eso nos causaba dolor. Una vez uno me dijo llorando: '¿Sabe? , lo único que quiero es que un día toquen el timbre y sea una pareja que diga que son mis papás y que me vienen a buscar'. Duro, porque fue como decirnos que a pesar de todo nuestro cariño y nuestro esfuerzo no éramos sus papás y nunca lo íbamos a ser".

Pero el amor es más fuerte y el resultado ha sido positivo. Un chico que al principio fue muy cruel con Isabel terminó siendo uno de los que están más cerca de ella, y varios que habían sido expulsados de hogares o escuelas especializadas en trastornos conductuales, aquí engancharon y progresaron. Incluso un niño considerado por el siquiatra que lo atendía como "sin vuelta", con problemas de locura y sin otra alternativa que ser internado en una institución especializada, resultó ser un chico que ha dado mucho afecto, ha aceptado su situación y está tratando de superarse. "Nuestra pelea ha sido ganarles el corazón y hacerles entender que los queremos, que luchen, que traten de salir adelante y se esfuercen por ser personas que hagan algo por este mundo", dicen.

Han pasado 22 años desde que Isabel y Mariano formaron esta familia. Los niños ya son hombres, están trabajando, muchos se han casado y formado sus propios hogares. "Ninguno se transformó en delincuente o es un caso perdido; todos son hombres de bien", comentan orgullosos. Cuando en el '94 el nido fue quedando vacío, Isabel y Mariano se plantearon qué hacer en adelante. "Habíamos vivido 13 años con los niños y durante todo ese tiempo descuidamos nuestro matrimonio. Quizás si seguíamos en lo mismo, se iba a deteriorar nuestra relación como pareja, así que optamos por dedicarnos a nuestra propia familia. Además, había nacido nuestra niña; la única niña entre tantos hombres y eso complicaba las cosas. Y yo estaba agotada...", explica Isabel.

Queríamos darles una familia de verdad, lo más normal posible. Una familia donde los niños nos llamaran papá y mamá, nos vieran como tales y compartieran con nosotros todo, desde el comedor hasta el mismo baño. Pensamos que merecían ser queridos y sentir el calor de una familia, y quisimos construir con ellos nuestro reino.

Así, junto a varios amigos que colaboraban desde hace años, decidieron crear una Fundación para que recibiera en la casa a la segunda generación de niños a cargo de otro matrimonio, mientras ellos se trasladaban a una vivienda más pequeña pero muy cerca de la otra, para estar siempre en contacto. Un contacto que no han perdido con sus primeros niños: "Tenemos que repartirnos. Los fines de semana quieren estar con nosotros, visitarnos con sus familias, igual que todos los hijos".

UNA FAMILIA PARA SIEMPRE

Bautizaron a la fundación Miguel Magone, el nombre de un niño italiano muy pobre que San Juan Bosco rescató del abandono. "El sueño continúa y esperamos que esta casa esté siempre abierta a los niños más abandonados y que no tengan otra oportunidad. Queremos seguir siendo una familia de verdad; una familia que acoja, que ame, que ayude".

La casa creció junto con las esperanzas. Ahora tiene ocho dormitorios y tres baños, sala de estudios, de computación, cancha de baby fútbol... y alberga a once niños entre ocho y 17 años al cuidado de Mauricio Ladrón de Guevara (35) y Gloria Pozo (33), el matrimonio que está reviviendo la misma historia. Por su parte, Isabel y Mariano están permanentemente asesorando y ayudando, y la señora Luisa, mamá de Mariano, continúa colaborando en las tareas domésticas como hace 20 años.

Recorremos la casa de punta a cabo, conocemos los dormitorios de los niños y en el escritorio nos sentamos a mirar fotos. Fabián nos trae un té. Tiene 16 años -llegó de cuatro- y todavía conserva las cicatrices de las quemaduras que sufrió de guagua en un incendio. Su mamá lo dejó en el hospital y nunca más lo fue a buscar. "Es muy amoroso a pesar del abandono. Se crió en el hospital y cuando llegó aquí, los primeros días se pasaba a nuestra pieza porque nunca antes había sentido eso de tener una familia", recuerda Mariano. Las fotos van mostrando a los niños a través del tiempo. Llueven los comentarios, "varios están casados, hay más de 14 nietos; éste trabaja en una ferretería y este otro es guardia en un Líder". Hay de todo: junior, electromecánico,

mueblista, comerciante, soldador, encargado de una bodega, repartidores de gas, técnico en bienestar social, vendedor de maní en las afueras de un supermercado, incluso un ingeniero en comercio exterior que trabaja en el MOP. Todos hombres de bien, como dijo Isabel.

¿Qué motiva a Isabel y a Mariano a hacer lo que hacen?

Nos motiva Jesús –responde ella-. Haber descubierto su amor, que es gratuito pero al mismo tiempo compromete en el amor hacia los demás. Esa es la razón fundamental de por qué nos involucramos en esta historia. Niños que estaban en riesgo total se salvaron, cada uno en su medida, pero están contentos y bien. Y no ha sido tan complicado, porque cuando las cosas se hacen por Dios, uno nunca está solo: Él muestra el camino, ilumina, da fortaleza, los medios, recursos, todo".

Mariano continúa: "Este es un testimonio de nosotros como pareja. Hace 27 años nos conocimos en esto, nos enamoramos en esto, compartimos un mismo ideal desde el principio. La realidad de estos niños nos cuestionó y enfrentó con la urgencia de hacer algo más profundo y definitivo por ellos. Por eso los acogimos al casarnos. Nos enseñaron a ser padres y con pequeños gestos nos fueron demostrando que éramos su mundo. Nos entregaron sus vidas y nosotros estamos dando la nuestra por ellos".

MARY ANN STREETER

Aceptar su condición, e incluso llegar a quererla y encargarse de su vida, para no ponérsela en la mochila a nadie, ha sido el desafío de esta mujer, la tercera de un choclón de 11 hermanos, diseñadora de la Universidad Católica y madre de una hija (Catalina).

ARRIESGARSE A MÁS

Por Mariella Rossi

"Cuando uno tiene un impedimento físico se enfrenta a dos opciones: o tomas la vida en tus manos o dejas que las cosas vayan ocurriendo sobre ti y te vayan conduciendo a cualquier lugar"

Probablemente Mary Ann no es diferente, al menos no se siente así. Lo que la hace parecer distinta es la mirada de los otros sobre ella. Sufrió poliomielitis a los tres años; desde entonces y hasta los 18 fue sometida a diversos tratamientos, terapias y operaciones. A ella, como a la mayoría de los discapacitados, le cuesta reconocer la esperanza que transmite a quienes -aparentemente- no carecemos de nada.

Su historia tiene que ver con riesgos, con dar el paso, como ella lo dice: "tirarse a la piscina". Mary Ann no se ha quedado con lo que la vida le regaló y también le quitó; por el contrario, ha hecho una opción consciente -no carente de dolor- de ser una mujer realizada en todos los ámbitos. "A los 18 años, un día me desperté y dije: no quiero más. No más tratamientos, no más clínicas, no más rehabilitación.... ¡No más vida especial! Hasta el momento, mis días habían transcurrido más en la cama que en pie".

Pese a ello, no recuerda su infancia como un tiempo triste ya que su familia nunca la hizo sentir distinta, ni le daba un trato especial. Tampoco recuerda haber sido una niña mimada en exceso, ni sobreprotegida, sino una más; "diferente, como todos los seres humanos lo somos". Esto, junto con tener un gran "lote de hermanos", fue decisivo en su desarrollo y personalidad. "En una familia numerosa como la mía, uno debía aprender a ganarse un espacio, a tener un lugar, a compartir".

CONSTRUYENDO UN MUNDO INTERIOR

Mary Ann recuerda nítidamente esos días de verano en Los Vilos; allí vivía la familia Streeter, mientras su padre trabajaba en el Puerto. En ese lugar se reunían en entretenidas tertulias, juegos y diversión, amigos, parientes y vecinos. "Mi casa siempre fue muy abierta, y como yo tenía mucho contacto con distintas personas, me fue fácil socializarme". Ella rescata de esos años experiencias que tal vez la marcaron y colaboraron con lo que actualmente es su vida. "Con sólo siete años me tuve que ir a vivir con unos tíos a Viña, para seguir algunos tratamientos especiales y eso me hizo conocer un ambiente absolutamente diferente al de mi casa llena de bulla, desorden y travesuras. Otra de las cosas que recuerdo de manera muy clara es cuando nos subimos a un barco con mi papá y nos fuimos recorriendo todos los puertos hasta llegar a EE.UU. Yo había cumplido 13 años y me interné en un hospital especializado por cerca de tres años. Allí estudiaba, tenía mis amigos, y transcurría mi vida como la de tantos otros niños".

Los días de reposo y muchas veces el aislamiento temporal de sus seres más queridos fueron forjando en Mary Ann un mundo interior. Las largas horas dedicada a la lectura le entregaron muchas herramientas, no sólo aportándole conocimiento y cultura, sino que ampliando su visión de la vida.

Una de las principales características que desde pequeña la distinguieron fue el no quedarse atrás y ser capaz de competir. En los juegos de niños, a pesar de ir en desventaja, siempre se las arreglaba de alguna manera. Cuando le tocaba pasar el cordel por abajo, tenía permiso de hacerlo en cuclillas, y si había que correr o jugar a la escondida, existían ciertas reglas especiales para ella, pero no se amilanaba. Sus padres y hermanos nunca la aislaron, sino más bien la integraron plenamente a todas las rutinas familiares sin excepción. Hasta hoy, ella transmite esa sensación tan segurizante de haber sido querida, aceptada y amada con todo lo que era.

La gran pasión por no escudarse ni excusarse de nada en su diferencia es lo que transmite esta mujer palabra a palabra. Sus explicaciones siempre van enfocadas a bajarle el perfil a todo aquello que parezca extraordinario. "Cuando uno tiene un impedimento físico se enfrenta a dos opciones: o tomas la vida en tus manos o dejas que las cosas vayan ocurriendo sobre ti y te vayan conduciendo a cualquier lugar". Ella optó por la primera. Entró a la universidad a estudiar arte y después diseño, y allí experimentó de verdad una inmensa transformación. "En ese ambiente, yo me sentía muy cómoda, incluso pensaba

"A lo largo de mi historia, todo el tiempo me he ido por el camino más arriesgado, siempre he pensado que es mejor equivocarse que no hacer nada... He confiado en la vida diciendo: yo pongo todo lo que puedo y Tú pones el resto".

Mary Ann en algún momento se preguntó qué ventajas reales podía tener sobre los demás; es decir, empezó a buscar en qué destacarse. "A poco andar comprendí que el conocimiento te da poder y amplía el mundo". Esa fue entonces la veta que ella explotó y uno de los pilares que la sostuvieron en algunos momentos más complicados y sensibles que pasó en su adolescencia. Periodo en el cual, su otro gran puntal fue el grupo de amigos cercanos, "con los cuales salíamos y lo pasabamos regio, considerando que ni las fiestas ni los bailes eran mi fuerte"

que haber cultivado internamente mi parte intelectual tenía mucho sentido, porque me daba la posibilidad de competir e incluso de ganar".

Después de la universidad, obviamente que no quiso hacer lo mismo que todo el mundo. "A lo largo de mi historia, todo el tiempo me he ido por el camino más arriesgado, siempre he pensado que es mejor equivocarse que no hacer nada...He confiado en la vida diciendo: yo pongo todo lo que puedo y Tú pones el resto". Es así como decidió partir a Europa con nada más que 300 dólares en el bolsillo. Como la suerte está siempre del lado de quien confía,

encontró, a poco andar, un trabajo cuidando al hijo de un director de cine y de una modelo que vivían en el barrio más elegante de París y que compartía con John Harrison, Micheal Jackson y muchos otros famosos. Después de vivir cerca de un año allí, viajó a Nueva York con el interés de trabajar en algo que tuviera más que ver con su área.

Con mucha experiencia acumulada volvió a Chile, montó su propia empresa y se fue a vivir sola. "Mis papás no podían entender cómo una hija soltera no vivía con ellos. Sin embargo, y como siempre, ellos respetaron y apoyaron mi opción".

"Sentí que toda mi sensación de fortaleza era para ocultar mis debilidades, asimismo descubrí en mi interior unas inmensas ganas de poder transmitir esta fe y esperanza nueva que en mí brotaba. En ese momento la adopción se hizo muchísimo más cercana"

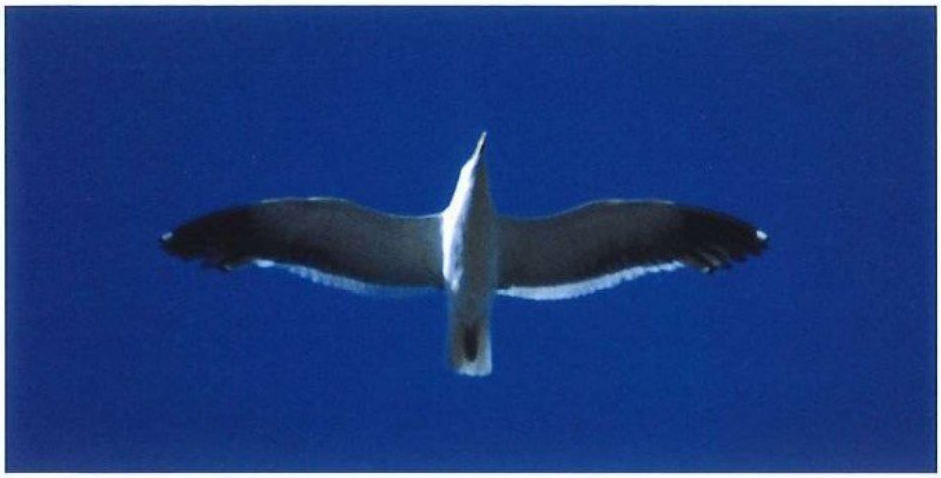
LO QUE LE FALTABA

Esa niña de largos días en cama mirando a sus hermanos jugar definitivamente ya no era la misma. A esas alturas, Mary Ann se trasladaba –no exenta de dificultades- de un lugar a otro, visitaba clientes, iba a reuniones, trabajaba en lo que le gustaba y probablemente había logrado, en gran parte, realizarse en lo que quería.

Sin embargo, experimentaba un vacío. "Alrededor de los 38 años me pregunté definitivamente qué iba a hacer. A pesar de haber pololeado, no había podido consolidar una relación de pareja. No obstante, junto con eso empezó a despertarse en mí la posibilidad de la maternidad".

En este proceso tuvo mucho que ver su acercamiento a una comunidad de Catecúmenos, fue allí donde comenzó a entender profundamente su fe. "Comprendí la fe en la vida y de paso también hice un escrutinio de ella. Sentí que toda mi sensación de fortaleza era para ocultar mis debilidades, asimismo descubrí en mi interior unas inmensas ganas de poder transmitir esta fe y esperanza nueva que en mí brotaba. En ese momento la adopción se hizo muchísimo más cercana".

Para pasar a la acción, como siempre lo ha hecho Mary Ann durante su vida, recorrió muchas entidades encargadas del tema. "No pasó mucho tiempo



cuando recibí una llamada diciéndome: nació tu guagua... Yo no sabía si partir a comprar pañales, ropa, armarle la cuna o qué se yo... era demasiada mi felicidad. Cuando llegué al hospital, me pasaron a Catalina que sólo tenía tres días y de allí en adelante no nos hemos separado nunca más. Al poco rato, yo sentí un lazo que me unía profundamente con ella y a la semana no me acordaba de que había sido adoptada".

Mary Ann permanentemente les resta importancia a sus esfuerzos, a sus renuncias y a sus grandes logros. Sus piernas tal vez nunca puedan avanzar muy rápido; sin embargo, a todos los que podemos correr, su historia nos muestra que se puede ganar la carrera, que es posible tomar la vida en nuestras manos y que las cosas externas son datos que a veces sólo nos entorpecen para elegir lo correcto.

"No pasó mucho tiempo cuando recibí una llamada diciéndome: nació tu guagua... Yo no sabía si partir a comprar pañales, ropa, armarle la cuna o qué se yo... era demasiada mi felicidad. Cuando llegué al hospital, me pasaron a Catalina que sólo tenía tres días y de allí en adelante no nos hemos separado nunca más".

Ella se sintió siempre preparada para ser padre y madre al mismo tiempo, para cuidar a su hija, educarla, mantenerla y también entregarle esa fe y esperanza que había descubierto años atrás con los Catecúmenos. En completa normalidad y sin negarle nunca su condición de hija adoptiva, Catalina fue creciendo, asistió al colegio (Las Ursulinas) y hoy está en la universidad estudiando la misma carrera que su mamá.

BETTY GONZÁLEZ

Betty tiene 43 años. La mayor parte de su vida la pasó sometida a golpes y malos tratos que la llevaron a ser una persona amargada y violenta. Gracias a su esfuerzo personal, logró recuperar la dignidad y sacar a su familia del sórdido mundo en que vivían. Esta historia muestra que es posible aprender a amar.

ERA UN ESTROPAJO

Por Felipe Rodriguez

La experiencia familiar de infancia, la herencia emocional, los arquetipos culturales, potenciados en sus seres, enfermaron el alma de la relación matrimonial y familiar.

Con vestido de anchos vuelos, corbatín rojo y blanco, idéntico al que vestían sus cuatro hermanas, apareció corriendo la pequeña Betty, quien saltó entre el triciclo, los palitroques, taca-taca y cochecitos de madera, que –fabricados por el padre -exhalaban ese olor a pintura fresca que le encantaba. Rondaba los ocho años y como cada 24 de diciembre desde que tenía memoria partían todos al puesto de venta, en la feria de Quinta Normal. No sabía de fiestas de Navidad, porque regresaban a las tres o cuatro de la madrugada y el 25 también trabajaban. "Pero el Año Nuevo era sagrado y estábamos todos en la mesa, disfrutando".

Peinaba tardes enteras su largo pelo negro, mirándose al espejo y desparramando maquillajes en su rostro infantil. Los estudios no eran su fuerte, "pasaba sólo por asistencia y en sexto básico –tendría unos 12 años creo-, como no sabía aún leer ni escribir, me echaron". Nadie protestó y los años transcurrían esperando siempre el final de enero. Entonces "con la plata de los juguetes íbamos dos semanas, en una carpa 'graaande' a Loncura". "El papá nos paseaba por la orilla de la playa en una carreta con caballos y mamá preparaba merengue, que echaba en bolsitas para comerlo".

Papá Carlos, en ocasiones bebía y caía con golpes sobre la madre. La pequeña no se enteraba, refugiada en su mundo de fantasías. Recién en la adolescencia levantó desde el espejo la vista. "Vivíamos entonces en una población por Teniente Cruz, en Pudahuel". Ahí también vivía Máximo Bacho, quien con la energía de los diecisiete decidió echarle el lazo a esa morena, de escasos 16 años y hermosas caderas, que le provocaba insomnio. Betty y Máximo pronto se enamoraron y no tardó la cigüeña en batir sus alas. 'Entonces papá me echó de la casa". Pocas horas duró el destierro, porque la madre intervino cuando llegó del trabajo: "Ya, entra a la casa 'hueona' –le dijo-, ¿qué 'estái haciéndote' la tonta aquí afuera?". La madre de Máximo insistía "en que tomara pastillas o abortara de alguna forma". Betty, aunque joven y asustada, era contraria a esas ideas.

Nació sano el primer hijo, de tres más que vendrían con los años. Luego, "cuando el niño rondaba los seis meses nos casamos con Máximo, así, por el civil no más".

La experiencia familiar de infancia, la herencia emocional, los arquetipos culturales, potenciados en sus seres, enfermaron el alma de la relación matrimonial y familiar. Primero fue un garabato, luego más. Tiempo después el primer bofetón, luego más. Por esto o aquello, por lo que me dijeron, por lo que parece y finalmente porque así han sido las cosas por siglos, "los golpes, gritos y ofensas continuas", eran el mundo de Betty a manos de su marido. Ella callaba, acumulaba rabia, pero no se doblegaba. "Me aguantaba sólo porque mi familia no había estado de acuerdo en que me casara con él".

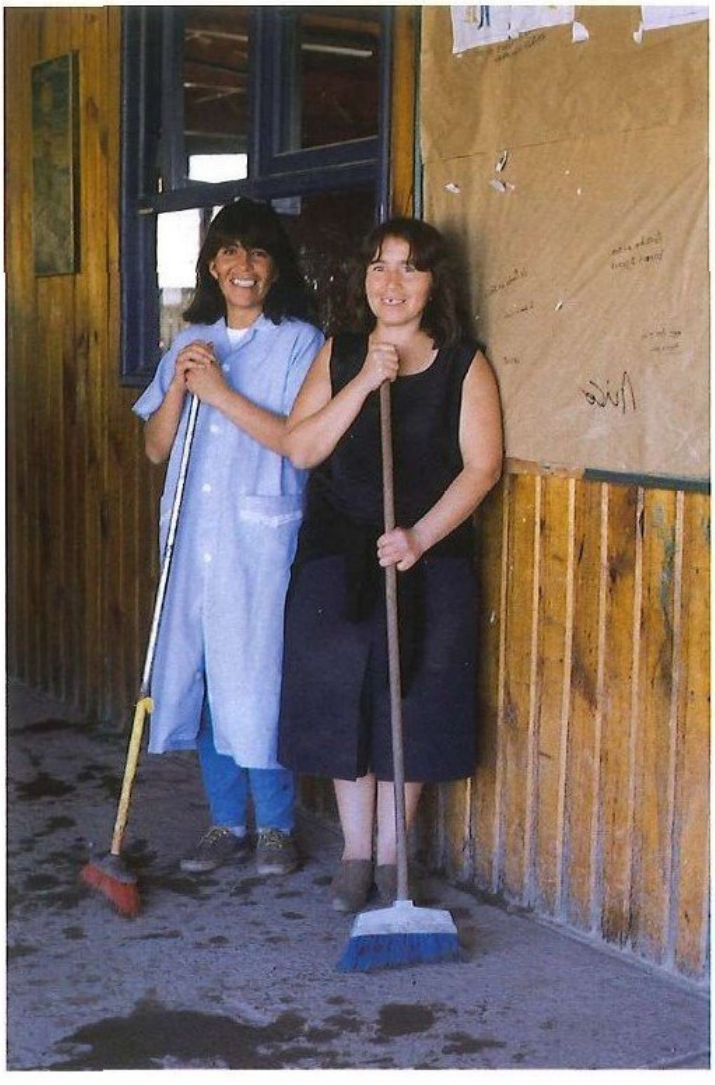
Las borracheras eran la excusa del hombre de la casa para caldearle cara y costillas a la esposa o darles un empellón a los críos. "Que no fuera tonta me decían las vecinas y yo sólo me cubría la cara cuando volaban los puñetes".

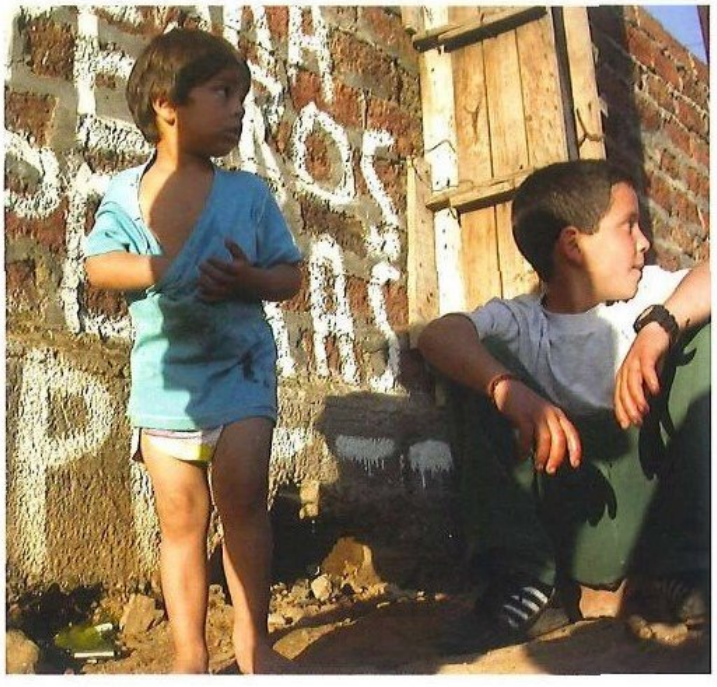
Levantaron la mediagua, ¡su primera casa!, en la comuna de San Joaquín y el abuso continuaba. La primera hija ya mamaba de los pechos maternos, el primogénito ensayaba diabluras chapoteando en el barro "y ni por eso cambiaba".

Las borracheras eran la excusa del hombre de la casa para caldearle cara y costillas a la esposa o darles un empellón a los críos. "Que no fuera tonta me decían las vecinas y yo sólo me cubría la cara cuando volaban los puñetes, era bien 'quedá', bien como 'pavita'". Sin embargo, aquella noche de invierno Betty explotó. "Con la misma botella le rompí la nariz y me quedé tiesa al verlo desvanecido y sangrando". Así se quedó dormido Máximo "y al otro día despertó como si nada pasara". Ella volvió al silencio, desquitándose con sus hijos. Máximo a la violencia... Mientras, los años le consumían el alma.

Corría 1983, tenían un tercer hijo, varón como el primero, y la noticia que su hermana trajo le revolucionó. La Betty ¡resucitaba!, quería conseguir un pedazo de tierra para sus hijos. Máximo no la acompañó, pero ella sin dudarlo consiguió algunos palos y trozos de plástico para guarecerse. En menos de 30 minutos, la toma de terrenos del futuro Campamento Raúl Silva Henríquez era una realidad. La mediagua fue trasladada por Máximo una semana después, trayendo el ritual aplastante de la violencia, que con el tiempo aumentaba. Máximo largaba de una a diez; Betty, de once a treinta; cuando puñetazos y patadas caían, ella le recordaba la parentela y trataba de darle algún golpe. Los hijos y la hija arrancaban de esta batahola o se escondían debajo del catre. Sabían que la mamá terminaría perdiendo e incluso con algún diente o muela menos, ¡y ya le faltaban varios!, porque papá era más grande y fuerte; bueno, "era el hombre de la casa". Pasaban los años y ella oscilaba entre el

Las borracheras eran la excusa del hombre de la casa para caldearle cara y costillas a la esposa o darles un empellón a los críos. "Que no fuera tonta me decían las vecinas y yo sólo me cubría la cara cuando volaban los puñetes".





miedo, la rabia y la esperanza que no moría, "por tener una familia unida y un marido que me respetara como Dios manda".

Más tarde el traslado al sitio propio en la Villa Jorge Alessandri trajo algo de paz. La mediagua que conocía la locura de sus vidas les acompañó, pero nuevos tiempos venían para Betty, Máximo y los hijos...

"...Una vecina me habló del Centro Abierto y yo inscribí allí a los chiquillos...". "Después empezaron las charlas e hicimos un compromiso por educar mejor a los hijos... ¡si hasta realicé un curso para aprender a educar y saber amar a mis niños!...". Betty, la pequeña que peinaba tardes enteras su pelo negro, re-aprendía a conjugar el "yo puedo". Pero este viaje de reencuentro consigo misma requería de ella todo su empeño. "Cuando me hacían así, un cariño, ¡como no estaba acostumbrada!, me daba por llorar...". "...Conversamos con el tío coordinador y su esposa... yo les conté nuestra historia con Máximo y los niños, que ya no daba más... ". Paso a paso, junto a las otras mujeres -hermanas de historia- y al abrigo del afecto, Betty comenzó a reparar las heridas del tiempo, ¡rescataba su dignidad! Cuando se lo propusieron, no dudó ni un instante y lideró ella misma un curso para que el grupo de mamás del centro abierto tuvieran más herramientas para educar a sus hijos. Ella, siendo analfabeta, enseñaba a otras mujeres y les regalaba dignidad. Rompía la impunidad de la historia y el ciclo vital de muchas otras dueñas de casa, "así empecé a entender que yo tenía la autoestima baja, ¡pensaba que no valía nada!, ¡que era un estropajo!, como Máximo me decía". La conciencia se abría como caudal irrefrenable y tuvo que enfrentar un día sus propios errores, "porque yo les pegaba a los niños por desquitarme". Acogerse y perdonarse fueron claves para "... empezar a entender que ya era momento de tomar decisiones, con ayuda".

Por primavera llegó el equipo de psicólogas y Betty fue de las primeras en solicitar su ingreso a terapia individual. "Cambié con el tiempo, casi sin yo misma darme cuenta". Fueron otras las formas, comenzó a rayar la cancha de la relación con un ser nuevo "y si me pedía un plato de comida con malas maneras, no se lo servía. Nunca más, nunca más que me tratara como a cualquier cosa".

¡Ella estaba viva, ella valía también por sí misma! "yo podía salir adelante sola con mis chiquillos, yo podía". La energía que la habilitaba no se detenía para Betty.

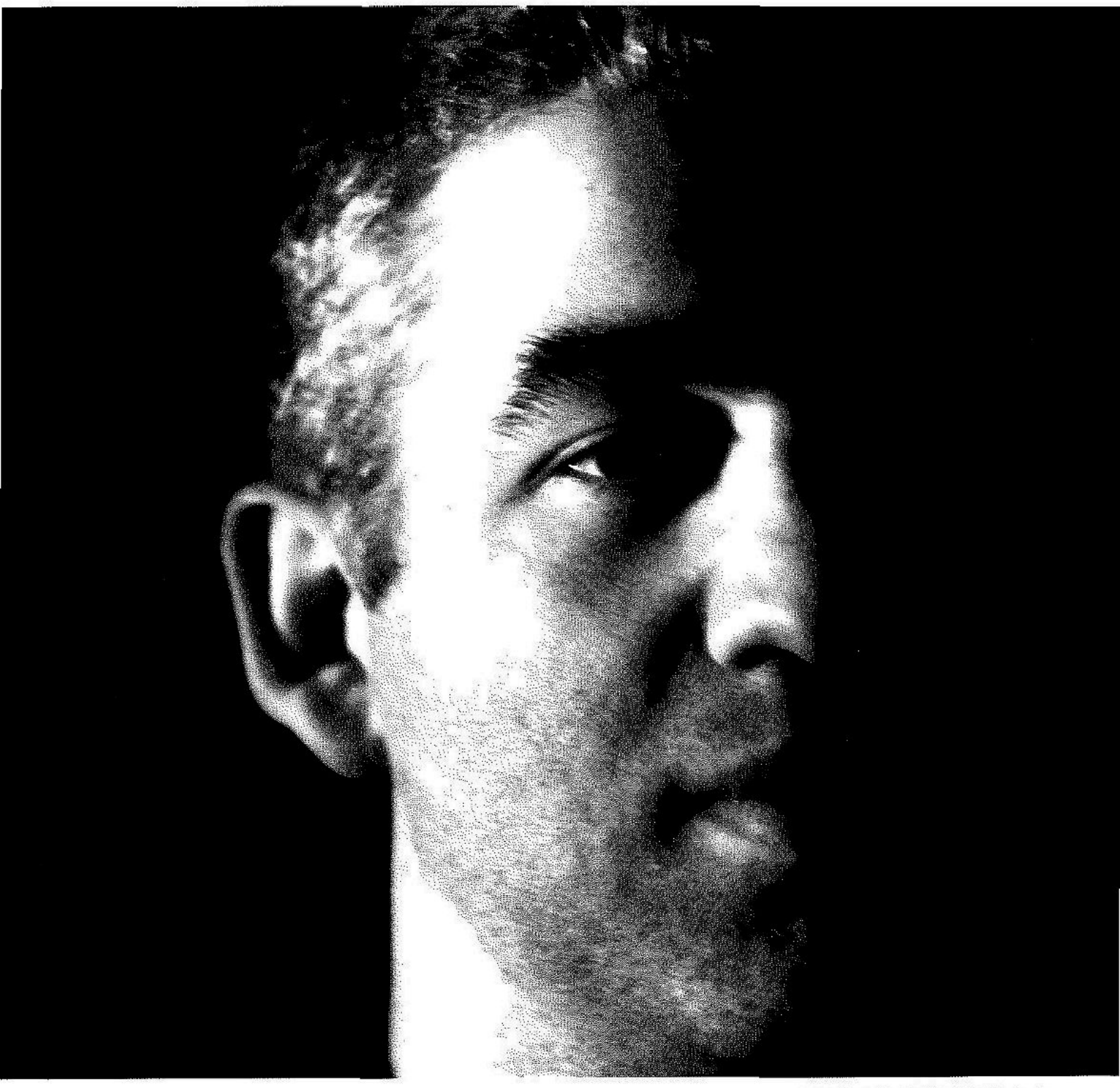
"Es que no sé leer ni escribir, po' vecina, y siempre me ha dado terror el andar sola". Se resistía Betty a dar el paso siguiente hacia su libertad. Pero la vecina no le dejó esacapatoria... "Niña, yo te acompaño a tomar la micro, ¿cómo vai a dejar pasar la oportunidá de ganarte unas moneditas?". Y partió... Sí, reía, sintiendo cómo el aire fresco llenaba ya no sólo sus pulmones, sino cada rincón de su alma, traspasándole la piel, ¡ella estaba viva, ella valía también por sí misma! "Yo podía salir adelante sola con mis chiquillos, yo podía". La energía que la habitaba no se detenía para Betty.

me puse firme y cuando nació la niña, que ahora anda en los 11, comencé a ver su cambio". Máximo abrió las ventanas de par en par y Betty lo estaba esperando. "Al tiempo nos casamos por la Iglesia, como Dios manda". Luego llegó el regalo inesperado, un nuevo trance en la travesía de sus vidas... "Era como una luna de miel, nos fuimos a Punta de Tralca, como a un retiro, los dos solitos, y con una pauta que nos dieron trabajamos mucho nuestra relación... ¡lo que nunca habíamos vivido!, cara a cara, sacando fuera todo lo podrido que teníamos en el alma".

Su nueva vida era una realidad, sin embargo ella no estaba dispuesta a dejar atrás todo su pasado, no quería continuar el viaje sola, estaba segura de que Máximo se sumaría algún día. Ella no se cansaba de hablarle, tampoco los coordinadores del centro abierto, y él resistía los cambios, andaba silencioso...

Su nueva vida era una realidad, sin embargo ella no estaba dispuesta a dejar atrás todo su pasado, no quería continuar el viaje sola, estaba segura de que Máximo se sumaría algún día. Ella no se cansaba de hablarle, tampoco los coordinadores del centro abierto, y él resistía los cambios, andaba silencioso, pensaba: ¡Ella había cambiado tanto! ¡Si hasta trabaja ahora como su madre! Y ese coordinador con su esposa, ¡se les ve tan felices! Quizás vaya al centro abierto una de estas tardes. ¿La psicóloga?, bueno, tal vez.... Y ocurrió el milagro, "Máximo empezó a ser otro, viendo que yo estaba decidida, porque

Betty, Máximo, sus hijas e hijos no terminan de agradecer la salud de su familia, de sus mentes, del alma "y agradecer también a quienes nos apoyaron, porque sin ayuda no se puede nada".

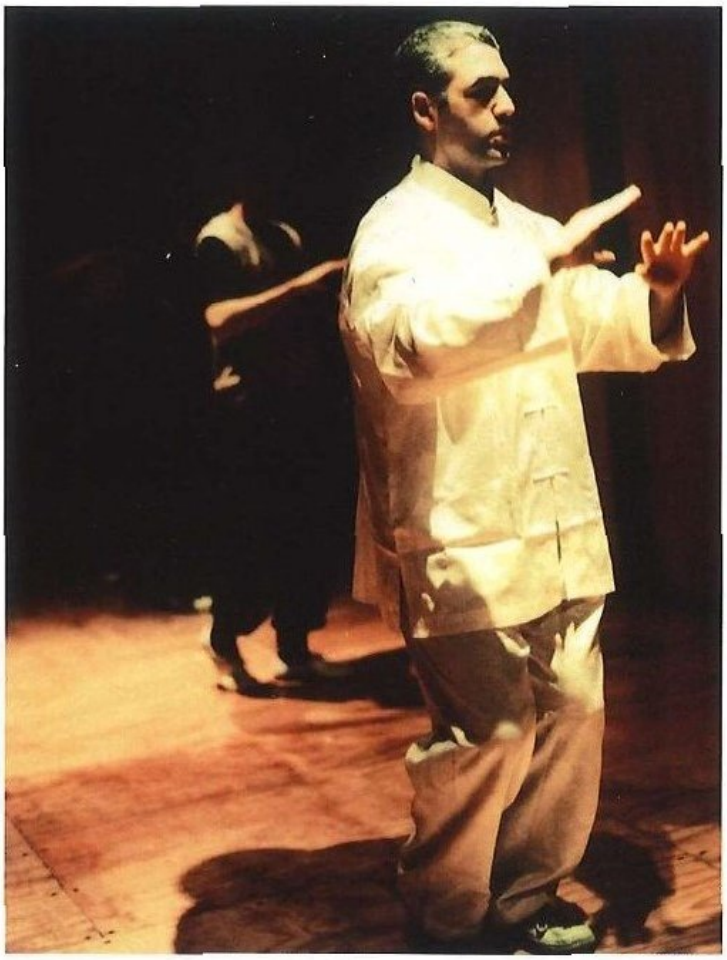


LUCAS ESTRELLA

Tiene 34 años, es licenciado en biología, con magíster en Zoología en Alemania. Profesor de medicina china y artes marciales. Autor de dos libros: "El oráculo del guerrero" y "Estampa del guerrero". Profesor universitario. Casado, un hijo... Esta es la historia de su propia batalla.

UN GUERRERO COMPASIVO

Por Magaly Arenas



Para quienes lo conocen, lucas es un ser con mucha luz interior, capaz de ser guía, maestro y compañero de camino

Lucas Estrella vive como quiere vivir después de una profunda, trabajada y planificada búsqueda interior. Con 34 años de edad se la jugó por lo que para él era lo más valioso y primordial: una vida plena con su mujer, "su más amada maestra", su hijo y con él mismo, "un hombre feliz".

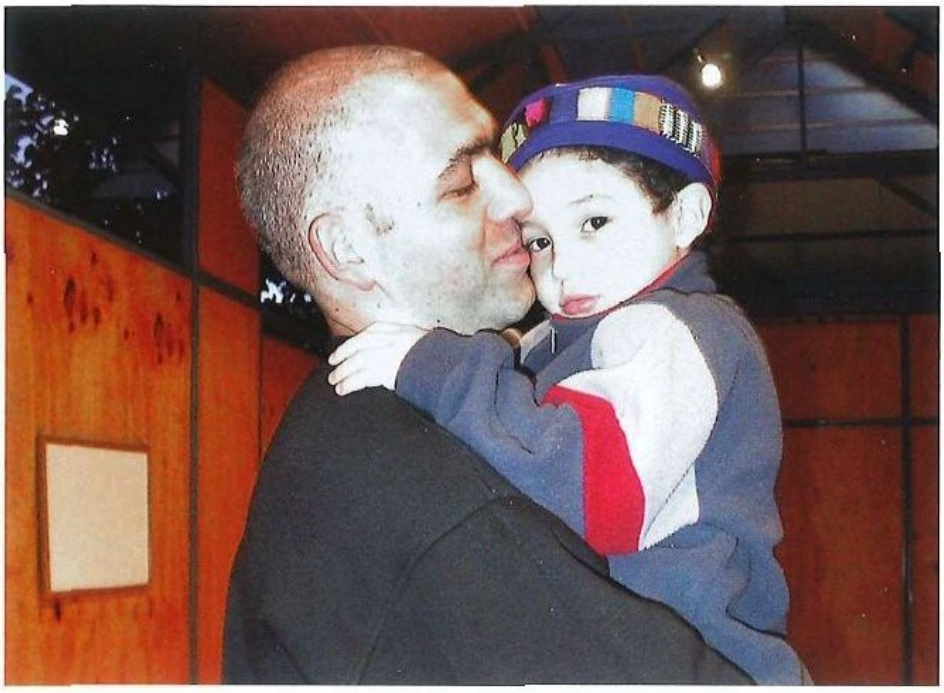
"Tenía un trabajo importante, era el jefe de los laboratorios de una universidad grande, con 40 personas a mi cargo. Era esclavo de la pega. Tenía un muy buen sueldo, era casi un señor importante, claro que mis intereses no encajaban en ese esquema y sentía claramente que algo no iba bien".

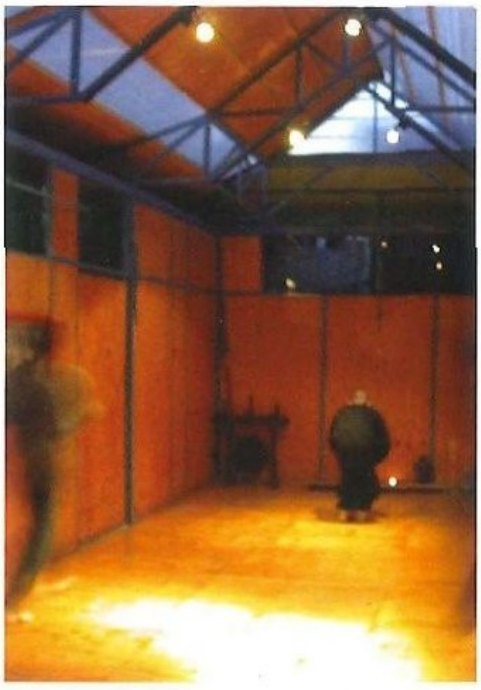
Este desasosiego lo empezó a experimentar con más fuerza hace cuatro años cuando nació su hijo Fabián. "Me parecía una aberración que mi hijo estuviera en la casa y yo trabajando todo el día. Ahí fue cuando comencé a ordenar mis cosas para llegado el momento salirme, cambiar mi vida, y renunciar a mi pega, lo que hice el año pasado", cuenta pausadamente transmitiendo un alivio, una alegría y una paz interior admirables.

Lucas Estrella llegó a Chile a los siete años desde la ciudad argentina de Tucumán. Sus padres huían de la violencia que se vivía en ese lugar que veía cómo los extremos políticos se enfrentaban diariamente en las calles y ponían en peligro la integridad de las personas. No era la vida que querían para su hijo.

VIVIR LA COMPASIÓN

Desde pequeño fue buscador, inquieto, atento a lo que la vida le entregaba. Esa curiosidad la canalizó estudiando Biología y un magíster en Zoología en Alemania. Pero luego de tanto estudiar le pareció que el trabajo de investigación en un laboratorio era estéril desde el punto de vista humano. Necesitaba el contacto directo con las personas. En Alemania comenzó a estudiar masaje, al regresar a Chile continuó sus estudios con un médico chino y con un especialista en acupuntura. Se inscribió en una escuela de medicina china y profundizó en estos intereses siempre presentes, pero que, por mucho tiempo, habían estado en un segundo plano. Había quemado sus naves en la biología y aspiraba a otra cosa, quería dar parte de su vida a las demás personas.





Para quienes lo conocen, Lucas es un ser con mucha luz interior, capaz de ser guía, maestro y compañero de camino. Uno de los grandes temas en su vida ha sido la compasión, un principio que lo mueve y sobre el cual siempre está trabajando. Lo conoció a través del budismo, religión inspiradora pero que no profesa.

Recuerda que lo impresionó sobremanera que existiera en el budismo la posibilidad de renunciar a la propia liberación para quedarse en el mundo físico trabajando por la salvación del resto de las almas. Su aspiración era, y es, vivir la compasión, en la acción y no sólo en las palabras. Lucas se preguntó entonces: ¿qué puedo hacer yo por el dolor de la gente, por su dolor físico? Y la respuesta la encontró en la práctica de la medicina china.

pero siempre terminaba alejándose porque sentía que no pertenecía a ellos. Con el tiempo e innumerables lecturas se dio cuenta de que pertenecía a algo tan insustancioso, según él mismo lo califica, como puede ser la tradición de los guerreros. "Es algo que no tiene mucha forma, ni rituales, ni códigos preestablecidos. Simplemente se refiere concretamente a la batalla interior y personal que cada persona libera durante su vida".

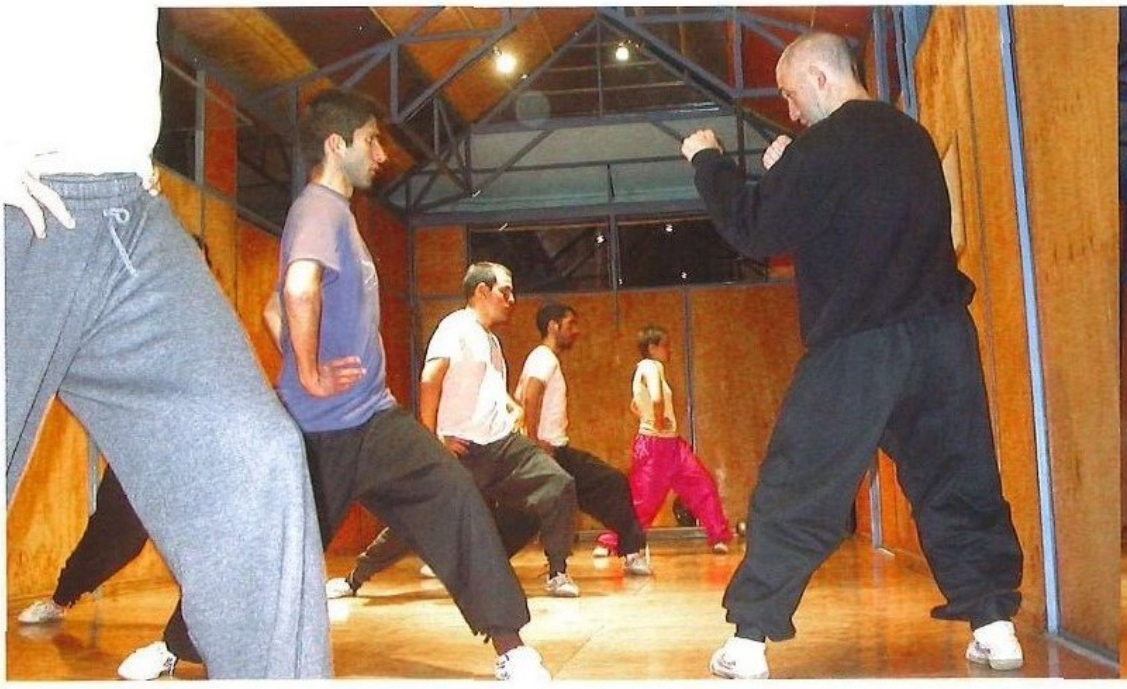
Esas luchas interiores de cada día, en su caso, tienen que ver con la inercia corporal o comodidad y el ego. Un guerrero, explica Lucas, pasa por diferentes situaciones, etapas y pruebas. "En un primer momento cuando se comienza con las artes marciales uno se siente físicamente muy poderoso. Y ahí el ego comienza a salir. Disolver el ego es un trabajo muy importante".

"Me parecía una aberración que mi hijo estuviera en la casa y yo trabajando todo el día. Ahí fue cuando comencé a ordenar mis cosas para llegado el momento salirme, cambiar mi vida, y renunciar a mi pega, lo que hice el año pasado".

UN GUERRERO

Él además practica y enseña artes marciales y se considera a sí mismo, por sobre todas las cosas, como un guerrero . Llegar a esta definición personal no fue fácil porque se acercó a varios grupos de pensamiento o religiosos,

A pesar de tener padres dedicados a la filosofía occidental, su vida ha estado influenciada básicamente por Oriente. La primera y gran influencia fue la lectura del "Shambhala", libro escrito por un lama tibetano. "Fue muy esclarecedor, encontré un link entre las ideas teóricas del budismo y la práctica".



"¿Cómo atreverse a cambiar? Primero que nada haciéndose muchas preguntas, por ejemplo: ¿Con qué te sientes seguro en la vida? ¿Con la guatita llena, con una cuenta en el banco, con una pareja al lado? Lo primero es definir lo que uno quiere, sus prioridades".

La presencia de un maestro fue otro hito en su vida. Un maestro que, contrario a lo que uno pudiera pensar, nunca le dio nada hecho, su apoyo era escuchar y tal vez sugerir. Y el último faro en su camino fue un viaje a China. "Allí tuve la sensación de cercanía, de pertenecer a algo. Ir a China fue la confirmación de que las cosas por las que yo me había jugado valen la pena, se puede trabajar en ellas y puedes ayudar a otra gente. Aquí en Occidente todavía son actividades marginales, la acupuntura, por ejemplo, no es muy reconocida y está teñida por un halo misterioso, pero en verdad es la medicina con la cual ellos se han mantenido por miles de años. Ese fue el click que me faltaba para lanzarme".

En el caso de Lucas, haber trabajado por un cambio en su vida ha sido la batalla fundamental y fundacional, lo mismo que el nacimiento de su hijo. Una de las cosas más notables es que su opción por una vida distinta no fue un arrebato loco ni egocéntrico, sin consideración a su familia, todo lo contrario. A esa necesidad personal le puso cabeza y mucho trabajo.

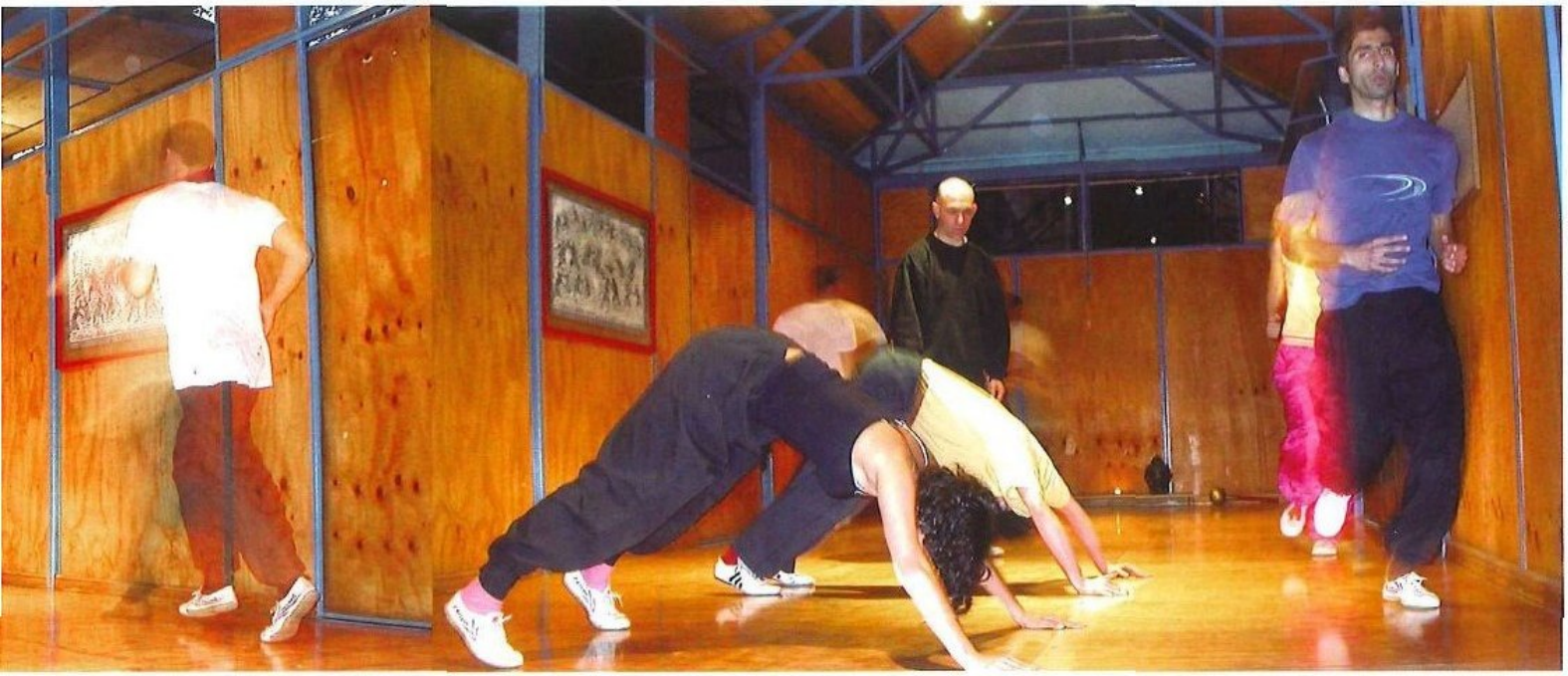
Corrió un riesgo: partió con una consulta de medicina china en un país donde los masajes y la acupuntura son todavía actividades marginales. Pero para él era imposible conformarse con la seguridad de lo cotidiano. "Es que las cosas materiales te dan en el fondo una seguridad tan etérea", dice.

Su realización personal ha sido posible porque cuenta con una señora que, aunque no le interesa especialmente el mundo oriental ni las artes marciales, lo quiere, apoya, valora y acompaña en sus decisiones.

SOY MÁS FELIZ

Este cambio tuvo costos, que él considera irrelevantes comparados con los tremendos beneficios. Tuvo pérdidas económicas. "Pero soy tanto más feliz. Piensa cuántos padres van a buscar y a dejar a su hijo al jardín. Cuántos padres almuerzan con sus hijos y eso para mí es el pago más extraordinario, me hace millonario".

Otro costo de su opción es la incertidumbre. "De alguna manera pasas a ser un animal en la selva; si no cazas, no comes. Cuando uno es asalariado si no caza, a final de mes igual come. Cuando eres independiente siempre hay que estar ocupado del asunto, no preocupado.



"¿Cómo atreverse a cambiar? Primero que nada haciéndose muchas preguntas, por ejemplo: ¿Con qué te sientes seguro en la vida? ¿Con la guatita llena, con una cuenta en el banco, con una pareja al lado? Lo primero es definir lo que uno quiere, sus prioridades".

La siguiente etapa es planificar cómo se hará. "Porque claramente hace cuatro o cinco años yo no podría haber renunciado a la pega como lo hice el año pasado. Trabajé para lograr un cambio, me dije que aquí a un año tengo que hacer tal cosa; en dos años más, otra meta y así. Pasa por pensar a largo plazo, hay que generar recursos para vivir, hay que ponerle cabeza para funcionar en lo cotidiano: mi hijo tiene que comer, hay que pagarle el colegio, etc. Calibrar la brújula, tener una guía y trabajar por etapas para aproximarse a la meta".

que apostar por algo que no está, pero que llegará en algún momento". Lucas es un hombre que ha rescatado el sentido común, tantas veces olvidado, y que ha logrado darles el verdadero valor que tienen el amor, el trabajo y las cosas en la vida del ser humano.

Su vida, como escribe en su libro "El oráculo del guerrero", éxito de ventas, "ha sido un camino de constante evolución, de preguntas sin respuestas definitivas, de un corazón inquieto y de sueños que me mueven a seguir empuñando el sable que intenta cortar las cadenas de la ignorancia e iluminar la senda sagrada del guerrero". Es precisamente esa mezcla de perseverancia, fe, valentía, amor por los demás, armonizada con mucha racionalidad lo que más sorprenden de un guerrero compasivo como lo es Lucas Estrella.

"Lo más difícil en estos años fue ser paciente, muchas veces tuve ganas de mandar todo a la punta del cerro, pero aprendí a esperar. Fueron cuatro años de trabajo para lograr un objetivo. Hay mucho de fe en esto, hay que apostar por algo que no está, pero que llegará en algún momento".

"Lo más difícil en estos años fue ser paciente -cuenta Lucas-, muchas veces tuve ganas de mandar todo a la punta del cerro, pero aprendí a esperar. Fueron cuatro años de trabajo para lograr un objetivo. I lay mucho de fe en esto, hay

PAULINA LIZAMA

Su vida es como la de cientos de pobladoras chilenas. Con privaciones, dolores y buenos momentos. Una historia como tantas, sólo que Paulina Lizama ha hecho de la suya un camino de servicio y un canto de solidaridad entonado desde su propia pobreza.

ENTREGA INCONDICIONAL

Por Cecilia Eyzaguirre

Diligente como una ardilla, Paulina corre a abrir el portón que cierra el terreno de la capilla María Madre de los Pobres, en Lo Espejo. Nos recibe contenta, sin protocolo, como si nos hubiese conocido desde siempre. Venimos a conversar con ella y nos invita a pasar a una sala contigua a la capilla: es su lugar de trabajo, ahí donde cada tarde entrega su tiempo para atender a quienes llegan con alguna necesidad, especialmente mujeres del sector.

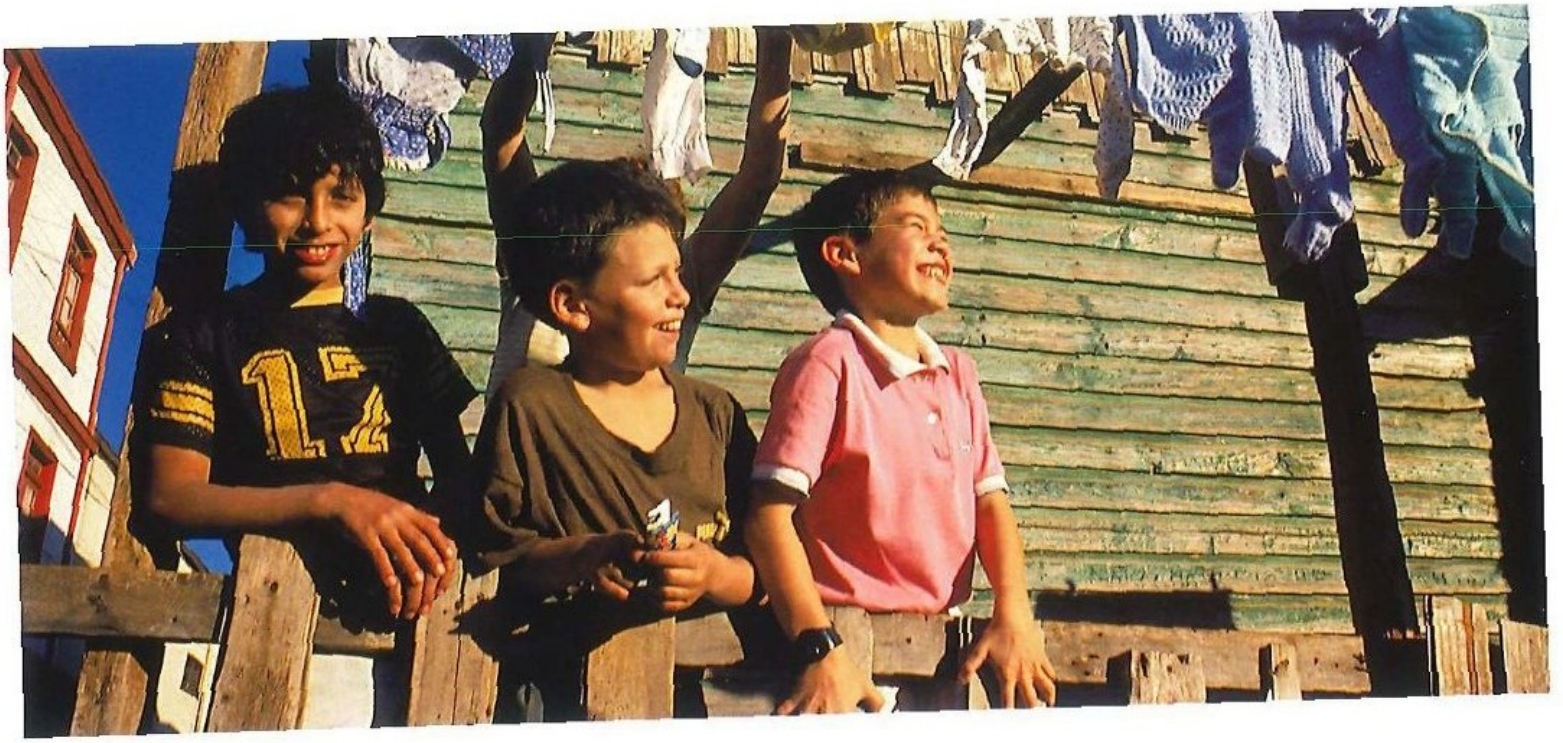
Hace ya muchos años que Paulina tomó la opción de servir a otros. No de arriba hacia abajo, sino de igual a igual. Una solidaridad derramada hacia sus pares desde su propia condición de pobladora, sin más herramientas que su absoluta disponibilidad y la entrega incondicional de su tiempo. Sus actividades van desde escuchar a la gente hasta visitar enfermos, recolectar el dinero del culto y acompañar a hacer trámites a quienes no saben hacerlos; desde participar en el policlínico, en grupos de tercera edad, en Justicia y Paz y organizar a las mujeres para que todos los días más de 300 niños del barrio reciban un vaso de leche. No por nada en 1996 la Iglesia de Santiago la distinguió con un diploma y la cruz del Apóstol Santiago por los servicios prestados: "Señor, ¿por qué a mí cuando no hago nada extraordinario?", se preguntó aquella vez.

Quizás su vida no tiene nada extraordinario. Es como la de miles de mujeres de la clase obrera que han sufrido la cesantía y enfermedad del marido, que han luchado por darles una educación a sus hijos, que han vivido en campamentos, son dueñas de casa, esposas, mamás y abuelas. La diferencia está en su espíritu solidario. Su palabra predilecta es participar y a sus 67 años ya no concibe la vida de otra forma: "Tenemos que participar porque para salir de la pobreza es necesario estar organizado. La solidaridad nace de la organización. Nadie va a arreglarles el problema a los pobres ni a devolverles su dignidad sino nosotros mismos".

TODO PRESTADO

Su infancia huele a albahaca y tiene el sabor del pan amasado. Si bien nació en Santiago en 1936, sus padres muy pronto se trasladaron con ella al fundo Cachapoal, en Colchagua. Llegaron como llaveros, para hacerse cargo de la casa grande, y ahí nacieron sus otros dos hijos. La niñez de Paulina transcurrió bajo la sombra de los parronales y en medio de la esbeltez amarilla de los álamos en otoño. Supo de las tradiciones campesinas, de la vendimia, las ramadas y la Semana Santa en silencio: "Era muy religiosa la gente entonces. Había misiones, hacíamos procesiones y altares muy lindos, todo arreglado con pinos, y yo recibí mi Primera Comunión en la gruta de un cerro un 11 de febrero...".

Al igual que los otros niños del fundo, Paulina iba a la escuela rural y recuerda su infancia como un tiempo feliz. La casa donde vivía era hermosa y no

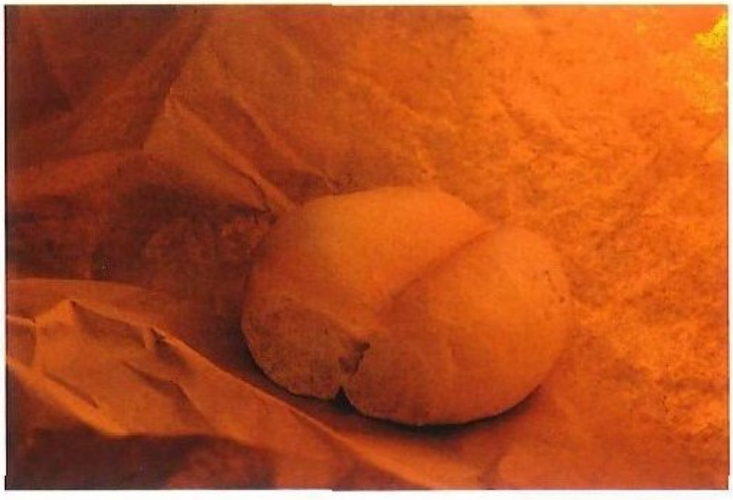


faltaban la leche y el queso, el postre todos los días ni la siesta después de almuerzo: "Era una buena vida, una etapa que evoco con alegría, pero también a la luz de situaciones que me marcaron mucho. En la escuela yo era bien mirada porque vivía en la casa patronal, pero ésa no era mi casa, bien lo sabía. Tenía muy claro que nosotros pertenecíamos al mundo de los pobres, que mis papás eran empleados y que todo lo que teníamos era prestado. Eso me marcó, lo mismo que ver a mi alrededor gente muy pobre, como los hijos de los que trabajaban en las viñas. Me arrancaba de la casa para ir donde ellos y me encantaba estar ahí por que me invitaran a tomar once con galleta de inquilinos y unos platos con ensalada de cebolla, aceitunas y queso. Mi mamá me retaba, pero igual yo iba pues con ellos me pasaba algo hermoso. Había niños con hojotas y casi desnudos, entonces, escondida, de repente les llevaba ropa mía. En ese tiempo yo no percibía qué me pasaba con ellos, pero ahora he descubierto que ahí estaba la semilla de lo que más tarde sería la razón de mi existir".

VIVIR CON LO QUE HAY

A los 13 años Paulina dejó Cachapoal para entrar al liceo y se vino a vivir con sus abuelos cerca de Nos. Sin embargo, al darse cuenta de las dificultades económicas que tenían sus padres para que sus hermanos siguieran estudiando, al terminar 2° Medio se retiró. "Empecé a trabajar en una confitería y más adelante en una fábrica donde estuve doce años haciendo medias, cuando éstas se usaban con costura atrás. En ese tiempo conocí al que hoy es mi marido. Después de cinco años de pololeo, nos casamos. Seguí trabajando, pero cuando a los seis meses de embarazo perdí mi guagua, dejé de hacerlo. Mi marido pensaba que estar todo el día en la máquina podía hacerme mal. Al año siguiente quedé embarazada de mi hija mayor y después llegaron los otros tres. Me dediqué a ser mamá y dueña de casa, pero no encerrada entre las cuatro paredes porque ya sentía la inclinación de ayudar. Poco a poco comencé a participar. Primero en el sindicato de la fábrica, luego en los centros de madres, en los comités para la vivienda, en la escuela de mis hijos, en fin...".

...Paulina tomó la opción de servir a otros. No de arriba hacia abajo, sino de igual a igual. Una solidaridad derramada hacia sus pares desde su propia condición de pobladora, sin más herramientas que su absoluta disponibilidad y la entrega incondicional de su tiempo. Sus actividades van desde escuchar a la gente hasta visitar enfermos, recolectar el dinero del culto y acompañar a hacer trámites a quienes no saben hacerlos; organizar a las mujeres para que todos los días más de 300 niños del barrio reciban un vaso de leche...



Su matrimonio ha sido bueno -reconoce- pero no sin dificultades. Mientras esperaban que les saliera la casa propia vivieron en un campamento y les tocaron momentos difíciles durante el golpe militar. "Mi marido me pedía que no participara tanto, pero yo pensaba que estaba trabajando por la gente, por lo que le estaba pasando. No era de ningún partido, pero como pobladora me unía a las demás mujeres para conseguir el alimento cuando la cosa se puso fea.

"Dedico mi vida a la solidaridad. Estoy en eso las 24 horas del día y mi fuerte es escuchar a la gente, visitarla, estar en los grupos y acompañar a las mujeres solas. He tenido penas, satisfacciones, he plantado un árbol, engendrado hijos... sólo me falta escribir el libro.

Fue en esos años cuando me acerqué a la Iglesia y tuve el vuelco más grande de mi vida. Yo hacía miles de cosas, me dedicaba por entero a la acción social, pero nada a reflexionar la Palabra. Y fue a través de ella que descubrí que el Señor le da dones a cada uno y que a cada cual le toca realizar una tarea particular. Entendí que hay cosas más importantes que el dinero y si mi esposo traía menos plata, veía cómo me las arreglaba, aprendiendo a vivir con lo que hay y enseñándoles eso a mis hijos".

En 1977 al fin les sale la casa propia en la comuna de Lo Espejo. Al principio Paulina no quería mudarse: "Hallaba esto tan feo; tampoco quería dejar la Iglesia ni el Centro de Madres de la otra población. Me vine llorando. La primera semana no fui ni a misa, pero el domingo siguiente guiándome por las campanas llegué hasta aquí, a la capilla María Madre de los Pobres. Me encontré con una señora, nos hicimos amigas y creamos un Centro de Madres. Mi casa fue la sede durante tres años, hasta que conseguimos otra con Cema Chile. Empezamos a trabajar, a hacer cursos, a integrar a la gente. Si éramos una población nueva, debíamos unirnos y formamos el primer comité para pedir las bajadas de agua, mejor alumbrado y locomoción. Han pasado tantos años y todavía estoy aquí".

LA MADRECITA DE CAFÉ

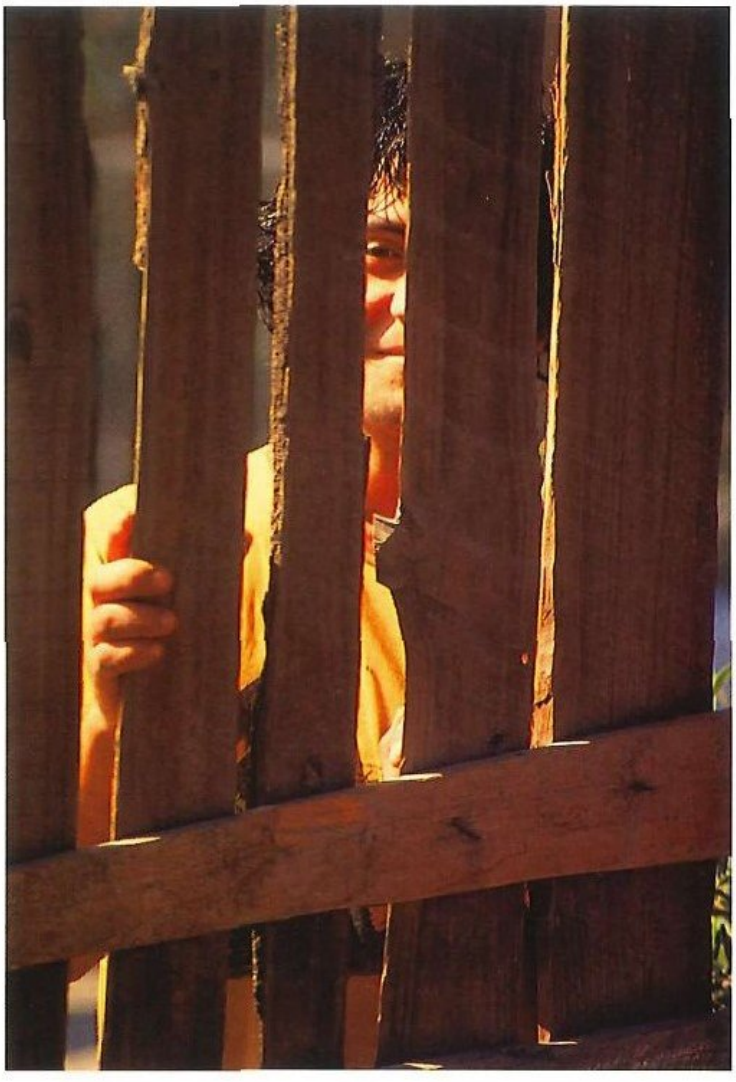
En medio de toda esta actividad, Paulina vive uno de los momentos más duros de su vida. En el '82 quiebra la fábrica donde trabajaba su marido, él queda cesante y para peor cae enfermo, debiendo permanecer hospitalizado un año, más otro año en reposo. "Lo milagroso es cómo pudimos subsistir todo ese tiempo. Había días que no tenía nada para darles a los niños, pero nos socorrió

"Quisiera escribir, por ejemplo, que hay mil maneras de ser feliz con las cosas simples, que la fórmula es aprender a renunciar y que la riqueza está en desprenderse, en servir a los otros y vivir la gratuidad que tanta falta le hace a este mundo"

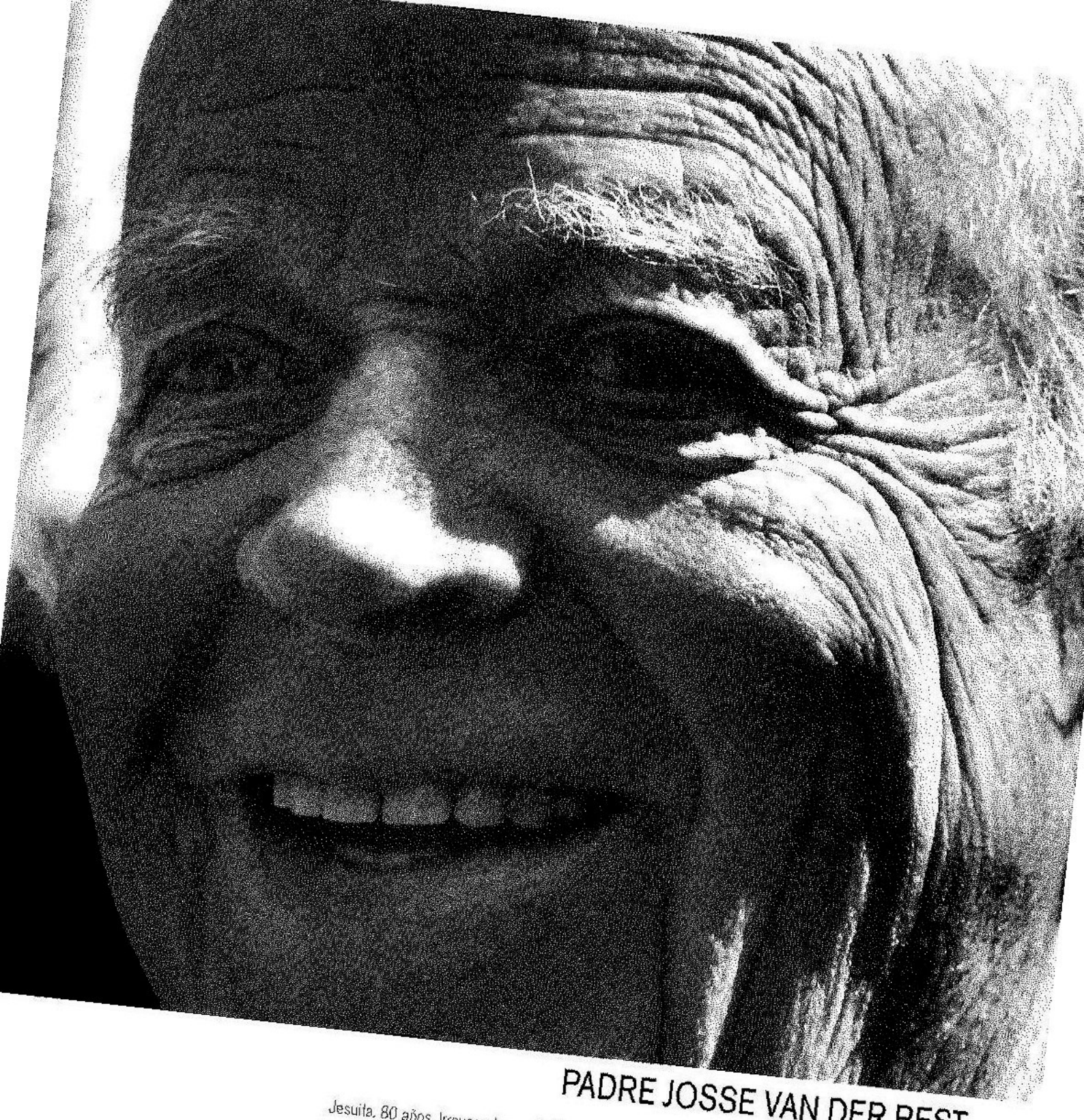
el Señor y gente anónima que de repente nos dejaba una bandeja de huevos en la casa u organizaba una actividad en la población para ayudarnos. Vendí dulces en el colegio de los niños y después la hermana Rosario me ayudó a poner un quiosco que los mismos vecinos me construyeron. Con eso nos fuimos dando vueltas para el pan. Y no nos faltó. El Señor provee y por eso digo que mi vida y mi cansancio son para los demás porque el Señor me ha dado tanto. La recuperación de mi marido fue otro milagro. A cambio de su salud prometí a la Virgen vestirme de oscuro de por vida, por eso ahora me dicen "la madrecita de café". Me gustaba la ropa bonita, pero renuncié a ella e incluso anduve un año entero con un solo vestido: lo lavaba y me lo volvía a poner. A través de este gesto la Virgen me mostró el valor de la sencillez".

Actualmente Paulina vive con su esposo y su hija menor, quien trabaja en el Municipio como técnico en bienestar social y de noche estudia pedagogía básica. Sus otros tres hijos se casaron y todos tienen una profesión. Tanto ella como su marido son jubilados, pero su esposo además se desempeña como auxiliar en la escuela. Tienen siete nietos y 38 años de matrimonio, compartidos con alegría.

"Dedico mi vida a la solidaridad. Estoy en eso las 24 horas del día y mi fuerte es escuchar a la gente, visitarla, estar en los grupos y acompañar a las mujeres



solas. He tenido penas, satisfacciones, he plantado un árbol, engendrado hijos... sólo me falta escribir el libro. Y podría escribirlo con tantas cosas que quisiera transmitir y tanta esperanza. Quisiera escribir, por ejemplo, que hay mil maneras de ser feliz con las cosas simples, que la fórmula es aprender a renunciar y que la riqueza está en desprenderse, en servir a los otros y vivir la gratuidad que tanta falta le hace a este mundo. Decir que es posible amar, que es posible perdonar y vivir alegre a pesar de las penas. Contar que para mí ser pobladora es muy valioso, que he aprendido a dejar mi tiempo entre los míos, que soy feliz con lo que tengo y que agradezco al Señor la capacidad que me ha dado para disfrutar cada día, para hallar las cosas bellas y alegrarme con el verde del pasto y la hermosura de la cordillera".



PADRE JOSSE VAN DER REST

Jesuita, 80 años. Irreverente, garabatero, poco ligado a los convencionalismos de la curia romana. Sus orígenes burgueses ya son cosas del pasado. Hoy se identifica más con los pobres con que vivió en el Zanjón de la Aguada embarrado hasta el cuello. Sueña con darles un techo a quienes viven en condiciones paupérrimas y como encargado del Departamento de Viviendas del Hogar de Cristo, trabaja incansablemente en ello. Las dos palabras que mejor definen esta historia son: renuncia y misericordia.

UN OPTIMISTA EN LA ACCIÓN

Por Rosario Guzmán E.

"Yo no rezo, yo lloro no más... Mi vocación nace en la construcción de mediaguas... Debo reconocer que mi religión es producto de una revelación muy particular, más bien distante de la curia romana...

Es un lince el cura Josse. Las pesca al vuelo y las devuelve con chanfle... tiene humor a raudales y le sobran municiones... con pinta de príncipe renacentista, una mirada celeste chispeante, sangre azulísima que le corre por las venas y una fortuna familiar de miedo, él no se cayó del caballo como Pablo de Tarso, sino que se bajó del tanque en el que iba como voluntario de los ejércitos aliados comandados por Patton en la Segunda Guerra Mundial...

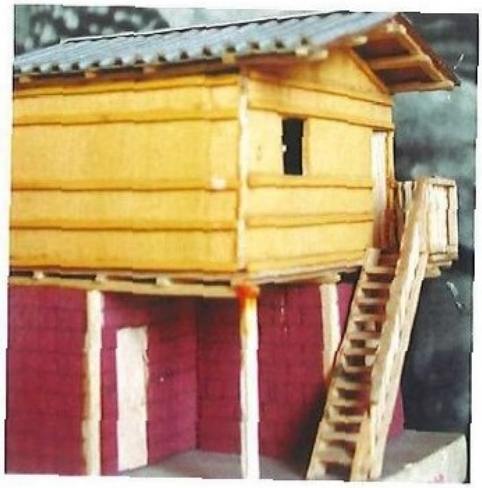
Fue en medio de la balacera, en el mismísimo campo de batalla, que Van der Rest vio en el suelo hecha trizas una estatua del Corazón de Jesús con una inscripción que rezaba: "Yo no tengo otras manos que las tuyas"... Tal es el impacto que esta imagen y esta frase provocan en el alma del joven rico, que en vez de prepararse para asumir algún día la presidencia del directorio del holding belga Etex , opta por ingresar a la Compañía de Jesús: desde allí, sus manos no han parado de acariciar los rostros de los más pobres y de construir viviendas para ellos.

Pura emoción y puro corazón laten y bullen desde el interior de este hombronazo que ha seguido a Jesucristo encarnado en sus hermanos más desvalidos. Y tan de cerca lo ha seguido, que ha entregado su vida para descubrir fórmulas que atenúen el dolor de la pobreza vivida a la intemperie.

Que es un llorón irreductible -admite con la mirada húmeda- toda vez que se conecta con un hecho lamentable y dice que ha convertido el llanto en oración. "Yo no rezo, yo lloro no más... Mi vocación nace en la construcción de mediaguas... Debo reconocer que mi religión es producto de una revelación muy particular, más bien distante de la curia romana... A mí no me importa para nada el tema del condón, sino los 30 millones de niños que en Nigeria no pueden vivir... Yo no creo que Judas esté en el infierno, más aún no creo en el infierno... ¿Te das cuenta de que estoy haciendo la revolución?", explica, sonriendo con picardía.

Sabe de sobra que su discurso no es del todo ortodoxo. También sabe que su vocabulario garabatero es irreproducible y que debemos traducirlo para hacerlo legible en letras de molde. Su mente lúcida, su honestidad conmovedora, la ausencia de eufemismos, sumados a su infinita capacidad de "con-padecer" convierten a este sacerdote de alta alcurnia y familia millonaria en un ser tremendamente cercano y querible.

Como no le falta percepción de sí mismo, atribuye sus irreverencias y salidas de madre a su afán de "épater le bourgeois" (impactar a la burguesía). Y va más lejos en su confesión personal: "no sólo me gusta 'epatar', sino que soy un colérico perfecto en cuanto a mi temperamento... Un pesimista en las



palabras y un optimista en la acción... Ventilo más mierda que miel. A mí me dicen: 'Tú dices lo que muchos piensan y no se atreven a decir'. A menudo me cuesta quedarme dormido pensando cómo puedo haber dicho tantas barbaridades. Y es que confundo lo gracioso con la *grosería, es terrible...* Admiro profundamente al Padre Hurtado porque nunca hablaba mal de nadie... Y a la Madre Teresa de Calcuta, también, por otras razones...".

a la Compañía de Jesús", comenta con la cara llena de risa, mientras sus ojos azules le bailan de un lado a otro, como si hubiese hecho una diablura.

Tenerlo allí enfrente de uno en una suerte de cuchitril estrecho y atiborrado de papeles, para luego acompañarlo a visitar enfermos terminales que le aprietan sus manos con devoción, y más tarde observarlo en la cocina del

"A mí no me importa para nada el tema del condón, sino los 30 millones de niños que en Nigeria no pueden vivir... Yo no creo que *Judas esté en el infierno, más aún no creo en el infierno...* ¿Te das cuenta de que estoy haciendo la revolución?".

En todo caso, que el padre Josse sea mal hablado no tiene nada de raro. No hay que olvidar que este jesuita belga que ofició de espía, médico, abogado e ingeniero y que estudió teología, filosofía y lenguas clásicas en la Universidad *Gregoriana de Roma llegó a Chile sin saber hablar una palabra de castellano.* Vivió en la población Colo Colo, en La Victoria, en las riberas del Zanjón de la Aguada. Embarrado hasta las narices se familiarizó con el frío, el hambre, el hacinamiento y ... el lenguaje poblacional.

Desde 1956, Van der Rest trabaja para el Hogar de Cristo, donde ha trabado una amistad entrañable con Benito Baranda y el padre Renato Poblete, este último consejero y guía espiritual insustituible en su trayectoria de jesuita. *"¿Tú sabes que yo soy más católico que jesuita...? Los jesuitas idealizan mucho*

Hogar revisando los platos de comida que servirán a quienes tienen hambre, *son escenas que conmueven. Sobre todo si pensamos en las antípodas que* esta realidad se ubica en relación con lo que habría soñado para él su abuelo Alphonse Emsens, fundador de Etex, la empresa belga de materiales de construcción que está presente en 48 países del mundo y que en Chile es dueña de Pizarreño. El negocio que a Josse no le interesó fue de tal modo *exitoso que hoy da trabajo a 32 mil personas y fabrica paneles, techumbres,* pisos y revestimientos cerámicos -entre otros productos- bajo marcas como Duratec, Cordillera o Etersol.

A la muerte de su abuelo, él heredó una fortuna, la misma a la que renunciaría por el hecho de ser jesuita. El provincial de la orden aceptó, sin embargo, que

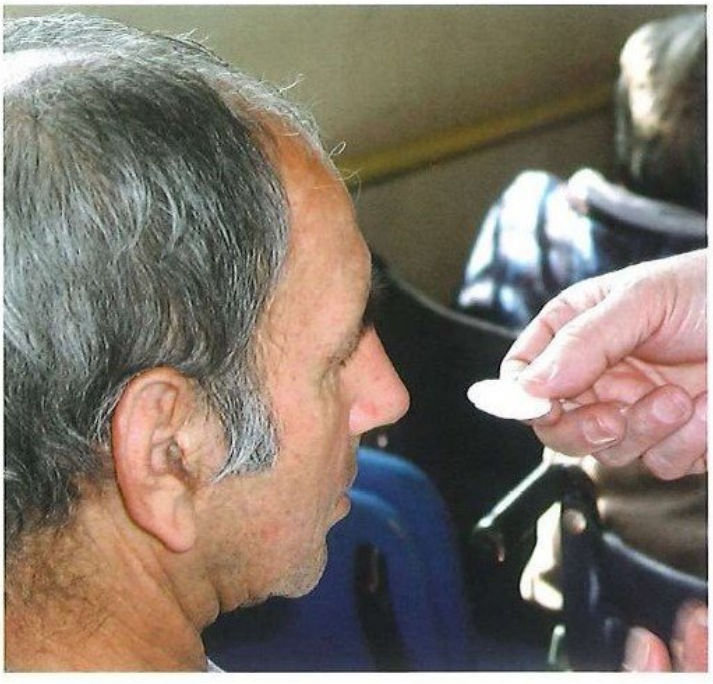
con ese dinero se hiciera una Fundación. Así nace Selavip -Servicio Latinoamericano y Asiático de la Vivienda Popular, con sede en Bélgica- cuya misión es construir viviendas en los lugares del mundo con mayor pobreza. Ya asentado en Chile, él le propone al Hogar de Cristo abocarse a la construcción de mediaguas. Se sube a una camioneta, la llena de tablas y fonolitas y junto a cinco jóvenes estudiantes -entre los cuales estaba Benito Baranda- emprenden un camino de esperanza que en 1966 culmina con la creación del Departamento de la Vivienda del Hogar de Cristo, capitaneado por él mismo, que en la actualidad es toda una industria que produce diariamente 300 mediaguas. Pero eso no es todo. La energía esperanzadora de Van der Rest lo lleva siempre a querer más. Y aunque sus diagnósticos de la realidad sean siempre catastróficos, su mirada de futuro, y por sobre todo sus acciones, están siempre impregnadas de ilusión y optimismo irreductibles. En 1966 crea la fundación de beneficencia Ayuda y Esperanza -que le ha valido que muchos lo consideren el precusor de Muhammad Yunus en Chile-, con la que hace un año se entroncó el Fondo Esperanza, destinado a otorgar microcréditos a personas que viven bajo la línea de pobreza, para que ellas puedan iniciar una actividad productiva propia.

Él es capaz de creer en otros porque primero fue capaz de creer en sí mismo. No temió frustrar los deseos de una familia que quería verlo a la cabeza de una multinacional. Cuando su madre puso el grito en el cielo al enterarse de que se iba de cura y le imploró que al menos le dejase un hijo natural antes de cometer tal locura, él sonrió, dejándole en cambio un lindo perrito cocker rojo... Fue así que su hermano menor tomó las riendas de esa compañía que el año 2000 facturó alrededor de 2.500 millones de dólares.

"Yo me enfurezco mucho con los abusos de poder, pero luego me reconcilio con las personas, no soy rencoroso... Reconozco que detesto la mentira y el fariseísmo; que me enojo, me enojo, y esto es por mi ser colérico, pero no tengo odio en el corazón, eso se lo aseguro".

Tampoco se había venido al suelo cuando de niño debió enfrentar que lo echaran de un colegio tras otro debido a su mala conducta... Supo comenzar de nuevo una y otra vez, convencido de que quien la sigue la consigue... Con el tiempo, siendo ya sacerdote ("de lo cual jamás me he arrepentido"), fue capellán de los scouts en los dos colegios San Ignacio, en el Instituto Nacional y el Liceo de Aplicación y profesor de tres carreras en la Universidad Católica.

"El egoísmo humano es enorme y nunca muere... Por eso yo siento que Cristo nunca ha podido bajar de la cruz... La economía tiene que utilizar el egoísmo humano en favor del bien común"...



Dicta cursos no sólo en Chile, sino en Asia y en Europa, mientras recorre el mundo de un lado a otro recolectando dinero entre los poderosos para traspasarles sus conocimientos a universitarios y empresarios a través de una cátedra que imparte con entusiasmo y sabiduría.

Ante la pregunta de cómo conciliar nuestro egoísmo intrínseco con las exigencias del mercado, por una parte, y del Evangelio, por otra, reflexiona: "El egoísmo humano es enorme y nunca muere... Por eso yo siento que Cristo nunca ha podido bajar de la cruz... la Economía tiene que utilizar el egoísmo humano en favor del Bien Común... Hay que sensibilizar a los que tienen dinero, pero eso no es una tarea fácil: ya ve usted los esfuerzos que ha hecho el padre Poblete para conseguir que hagan matrimonios austeros; y no hay caso. (Luego de un silencio) Debemos sensibilizar también a los países ricos... Yo me enfurezco mucho con los abusos de poder, pero luego me reconcilio con las personas, no soy rencoroso... Reconozco que detesto la mentira y el fariseísmo: los que juzgan a los demás siendo ellos mismos culpables... Que me enojo, me enojo, y esto es por mi ser colérico, pero no tengo odio en el corazón, eso se lo aseguro".

Y con sus 80 años sobre las espaldas, ¿qué siente respecto de la muerte?". Rezo todos los días para morirme... Veo que este mundo no se arregla y por eso Jesús todavía está en su cruz... Muchas veces le he pedido a Dios: Señor, dame un minuto de visión beatífica, para saber cómo es el cielo", responde sereno, antes de despedirnos.

"Un pesimista en las palabras y un optimista en la acción", como se definió él mismo al inicio de esta conversación. Que piensa a la humanidad con espíritu de Viernes Santo y con Jesucristo colgando de la cruz, solo y desamparado... pero que vive cual resucitado, sosteniendo y alentando a otros siempre "contento, Señor, contento".

FILMA CANALES

Filma Canales nació el 12 de marzo de 1923. Enviudó tempranamente, convirtiéndose en madre y pa
de seis hijos... Uno de ellos -Juan- fue detenido. Nunca más encontró rastros de él en esta tierra. El
es su pasión. Cuando en silencio o exultante Filma ora a su Dios, escucha a su hijo que le dice "te
mamá; los quiero a todos, estoy bien; te amo, mamá"... Esta es su conmovedora historia de pe

LO QUE EL MAR NO PUEDE CALLAR

Por Felipe Rodriguez

Filma, sin negar la historia y sin borrar la memoria, decidió aprender a perdonar, "...Porque el perdón no es un sentimiento, el perdón es una decisión de la voluntad".

Aquel viernes 28 de mayo de 1976, Filma Canales -madre y padre de cuatro mujeres y dos hombres- regresó temprano a su casa en el sector oriente de Santiago. La inquietud rondaba su mente, pero no dio espacio a malos presagios. Mejor será, se dijo, escuchar algo de música. Amaba Filma las cadencias sonoras del piano, evocando las tardes de infancia y el rumor de olas, mezclado con el rezo vespertino del rosario en su Antofagasta natal. Como en una de esas moviolas, donde compaginaba películas en los años sesenta, imágenes y recuerdos inundaron su mente. Los abuelos maternos croatas, cuya única fortuna al llegar a Chile eran tres monedas de oro, y los paternos de Talca, todos "católicos a machote". Brillaron los ojos verdes de Filma al recordar la "maternal formación inglesa" del colegio Anglicano, y su timidez adolescente con los hombres cuando ya vivía en Santiago.

La música llenaba aquel atardecer de mayo y vio esos sus primeros pasos conscientes en la fe católica, fascinada por la liturgia; luego, los libros de tantos autores que unían arte, ciencia y religión, como Jacques Maritain y los tiempos enérgicos junto al sacerdote Alberto Hurtado en la Acción Católica. En un quiebre de bemoles sintió a Guillermo Maino, los ancestros italianos en aquel hombre irresistible, de quien aceptó ser su esposa con 25 años y del cual -por un infarto al miocardio- se transformaría en viuda con algo más de 40. Voló en el tiempo y dio gracias a la vida por su gran pasión, ¡el cine!, del que conoció cada detalle desde 1960 en adelante y que permitía alimentar a sus hijos.

La pantalla del recuerdo trajo el viaje a Machu Picchu con Juan, su hijo mayor, donde juntos y a voz en cuello recitaban el nerudiano "sube a nacer conmigo hermano". Se estremeció como entonces y reflexionó que si bien "no compartía políticamente con Juan", sí compartían "el amor por los seres humanos, por las cosas sencillas, buenas y hermosas". "Sí –se dijo-, la esperanza se sostiene en el amor por las cosas sencillas, el amor por las personas, por los débiles, en el goce de la vida".

El timbrazo enérgico del teléfono la paralizó. La voz al otro lado de la línea preguntando por Juan aceleró aquel corazón de madre. La mujer palideció, no había lugar a la duda, la advertencia del propio hijo se confirmaba: "Mamá, si alguna vez los amigos te llaman reiteradamente preguntando por mí, haz algo, porque significa que estoy en problemas". El rostro oscuro del miedo la atrapó.

El timbrazo enérgico del teléfono paralizó aquel momento de recuerdos y reflexión, silenció la música. La voz al otro lado de la línea preguntando por Juan aceleró aquel corazón de madre. En las horas siguientes, nuevas llamadas se sumaron, todas con la misma pregunta y luego interrumpían la comunicación.

La pantalla del recuerdo trajo el viaje a Machu Picchu con Juan, su hijo mayor, donde juntos y a voz en cuello recitaban el nerudiano "sube a nacer conmigo hermano". Se estremeció como entonces y reflexionó que si bien "no compartía políticamente con Juan", sí compartían "el amor por los seres humanos, por las cosas sencillas, buenas y hermosas".

Las voces eran conocidas por Filma, "¡y ellos sabían que el hijo no vivía desde meses en la casa familiar!". La mujer palideció, no había lugar a la duda, la advertencia del propio hijo se confirmaba: "Mamá, si alguna vez los amigos te llaman reiteradamente preguntando por mí, haz algo, anda a la Vicaría, porque significa que estoy en problemas". El rostro oscuro del miedo la atrapó. No sentía ese vacío aterrador desde aquella ocasión en que con cuatro años de edad fue encerrada a oscuras en una despensa, castigada por su padre. Aquel fin de semana, Filma Canales no durmió.

Los archivos de la Vicaría de la Solidaridad consignan que "Juan Bosco Maino Canales, soltero, egresado de Ingeniería de la Universidad Técnica del Estado, militante del MAPU, fue detenido por agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional –DINA- el día 26 de mayo de 1976, aproximadamente a las 22:00 horas, en el domicilio..."

Juan ya no estaba. Sus 27 años, las conversaciones con "el Negro" dueño del quiosco... Su trabajo en el comedor infantil de Lo Hermida, las cotidianas visitas a los abuelos para quererse y ayudarles... Los trabajos de fotografía, la fiesta de egreso universitario pendiente, los sueños e ideales por un mundo mejor, que cantaran en Machu Picchu, el amor de la mujer y los hijos que anhelaba. Todo se detenía.

Filma Canales, madre y padre, decidió desde un primer momento "no imponer al resto de los hijos la búsqueda de Juan... ellos tenían el derecho, desde su libertad, a elegir su propio camino". Pero estaban todos con ella y la sostenían.

Cuando el Recurso de Amparo en favor de su hijo fue rechazado por quienes impartían justicia, los miedos y el dolor de Filma se transformaron al instante

en absoluta furia. "Y la rabia se adueñó de mi alma. Yo era el rostro de la furia". Filma convocó energías e increpó con violencia a su Dios. Irrefrenables, la habitaron "todas las furias del mundo". Porque, "¡cómo se atreven!...", demandaba -vibrando su rabia por las calles de la capital, acudiendo a tribunales, en el silencio del hogar, organizadamente, a la luz del día o en la oscuridad-, "...¿cómo se atreven a hacer estas cosas?, ¿cómo es posible?, ¡cómo imaginan que las pueden hacer impunemente!".

especial, ni gurú, ni ángeles alados; sólo su humanidad, la rabia, el dolor, el miedo, desnudos ante sí misma. Constató que miraba así, desenfocados, a esos uniformados "...para que desaparecieran, porque habían matado a mi Juan y yo, en mi ser, los estaba matando.

Eso fue terrible y entendí que no podía seguir así, que me iba a enloquecer". Filma comenzó a reconocer a Filma, sin negar la historia y sin borrar la memoria,

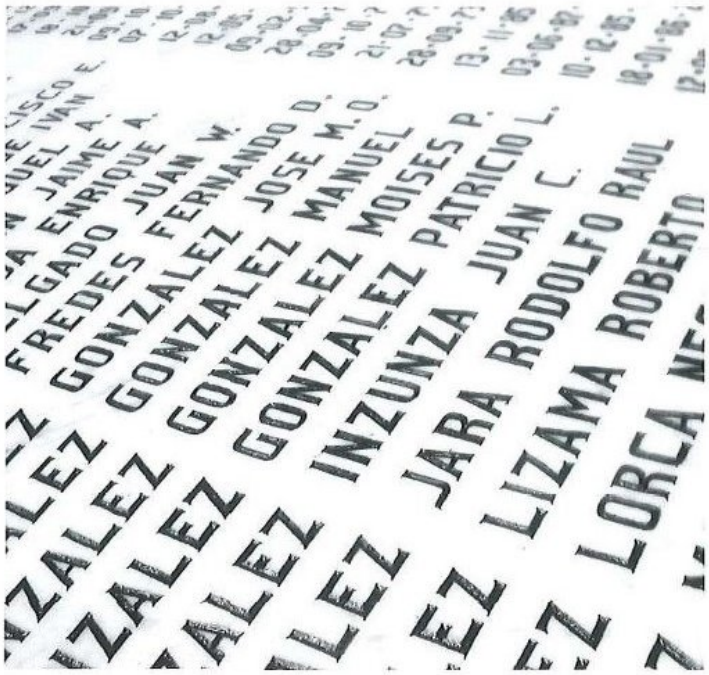
Juan ya no estaba. Sus 27 años, las conversaciones con 'el Negro' dueño del quiosco... Su trabajo en el comedor infantil de Lo Hermida, las cotidianas visitas a los abuelos para quererse y ayudarles... Los trabajos de fotografía, la fiesta de egreso universitario pendiente, los sueños e ideales por un mundo mejor...

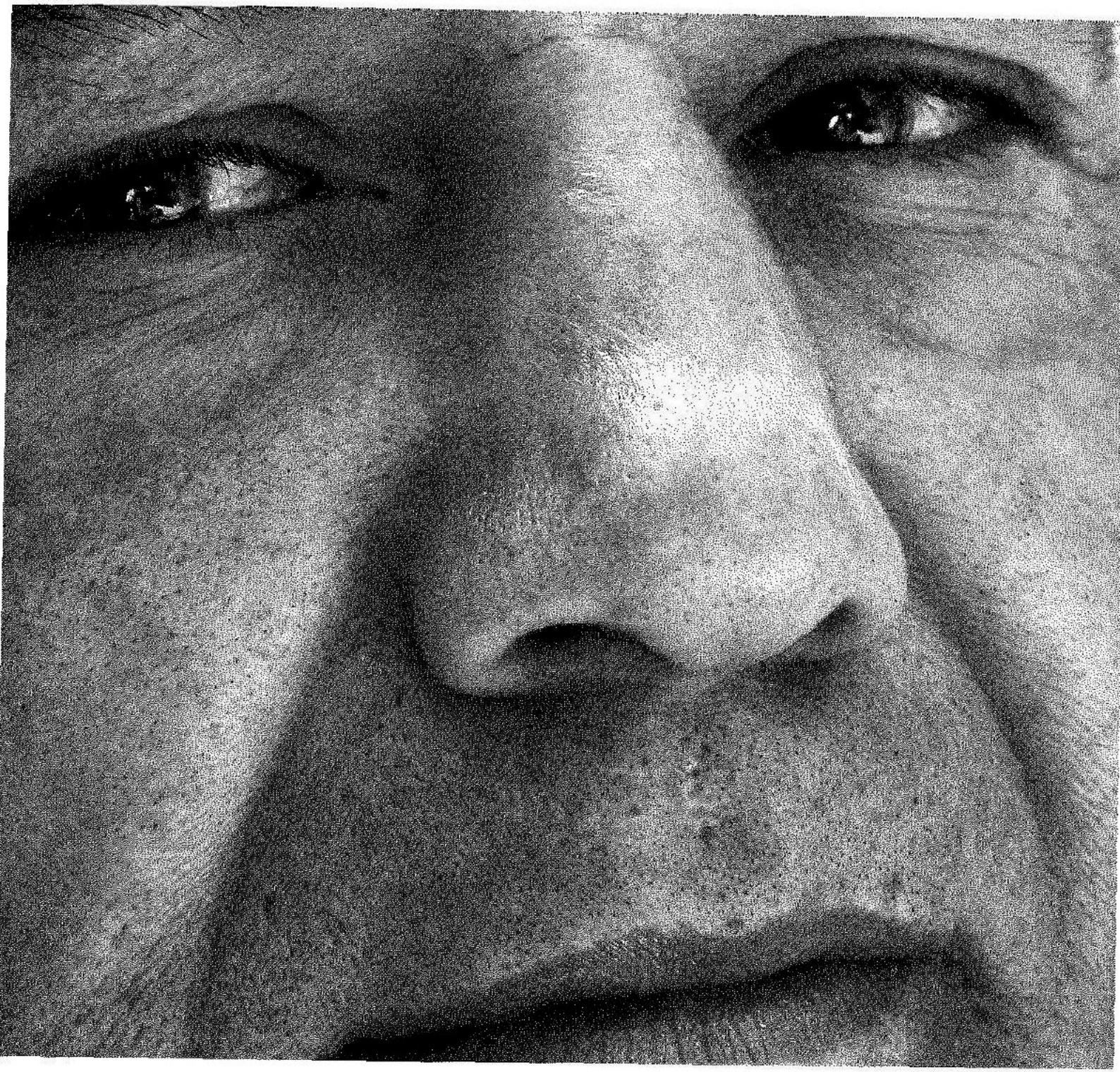
La timidez que la caracterizaba se disolvió en pocas horas, y sus ojos sostenían desafiantes los de cualquier uniformado en la vía pública. Insistía "...hasta obligarlos a desviar la mirada y entonces, ¡tenía un sabor a triunfo!". Río en crecida era esta fuerza de Filma y sumó las artes del cine al desafío. Como a través de un lente que sitúa la visión más allá de lo inmediato comenzó "...a mirar a través de ellos como si no existieran. ¡Yo quería que desaparecieran, así como habían hecho desaparecer a Juan!". Entonces lo inesperado se hizo presente. Miró detrás de la rabia, del miedo, del dolor. Ningún hecho nuevo

decidió aprender a perdonar, "...porque el perdón no es un sentimiento, el perdón es una decisión de la voluntad". El día en que Claudio Orrego la invitó a las jornadas de no violencia en Serpaj, dijo que sí. Martin Luther King, Gandhi y Jesús le salieron al camino. Pero la furia resurgía, golpeaba cojines, aceptaba como válida su rabia y la de otros, repitiendo día a día "yo quiero perdonar, perdonar a papá, a mamá, a mis profesores, a toda persona que me pudo hacer daño". Juan continuaba desaparecido y con él, cientos. Villa Grimaldi, Cuatro Alamos, la parrilla eléctrica, los colgamientos, golpes, violaciones,

La furia resurgía, golpeaba cojines, aceptaba como válida su rabia y la de otros, repitiendo día a día "yo quiero perdonar".

amenazas, agresiones psicológicas, las cabezas sumergidas una y otra vez en aguas putrefactas, drogas inyectadas, aberraciones con animales, cuerpos dinamitados, baleados, cortados, golpeados hasta la muerte, la locura del victimario, pedían ser reconocidos más allá de los artículos periodísticos, del Informe Rettig, los acuerdos políticos, los actos simbólicos. ¿Cómo unir perdón con justicia, verdad y reparación? La respuesta le llegó sin esperarla: "¡El perdón no borra la memoria! Es un acto personal de libertad que no me impide defender la justicia y la verdad...". Filma pudo continuar viviendo, continuar perdonándose y perdonar. Comprendió y disfrutó que "el gozar de la vida es hermoso, que la transformación de las cosas, ¡es lo que mantiene viva a la gente!". Hoy, luego de 27 años de la desaparición de su hijo, Filma Canales "si tuviera la oportunidad de mirar cara a cara a quienes mataron a Juanito, les preguntaría, ¿por qué lo hicieron...? ¡Mírense, reconozcan..., límpiense, evolucionen".



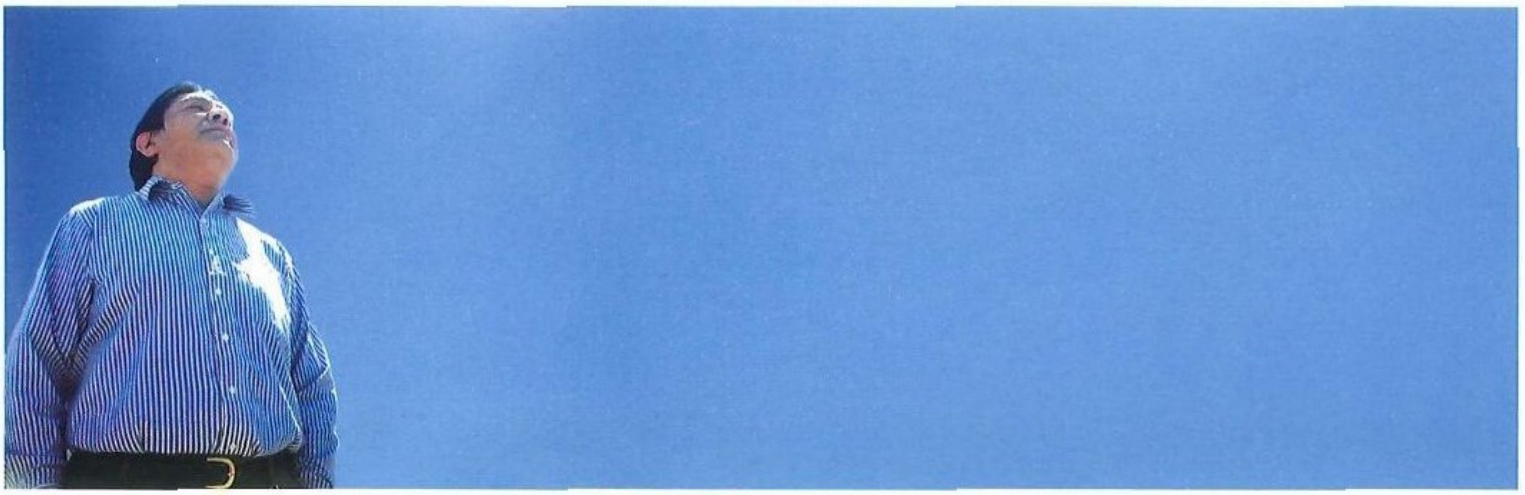


MANUEL HENRÍQUEZ

Fue un niño golpeado y a los ocho años escapó de su casa. Hizo de la calle su residencia, del delito su cultura y de su vida un trámite de supervivencia. Llegó a ser un asaltante de prestigio entre sus pares, se paseaba en Alfa Romeo, tuvo casas, autos y las mujeres que quiso. Cayó a la cárcel decenas de veces y más de la mitad de su vida la pasó preso. Un día dijo basta. Esta es la historia de Manuel Henríquez y de su encuentro con la luz en los sombríos pasillos de la prisión.

LA CÁRCEL ES EL INFIERNO

Por Cecilia Eyzaguirre



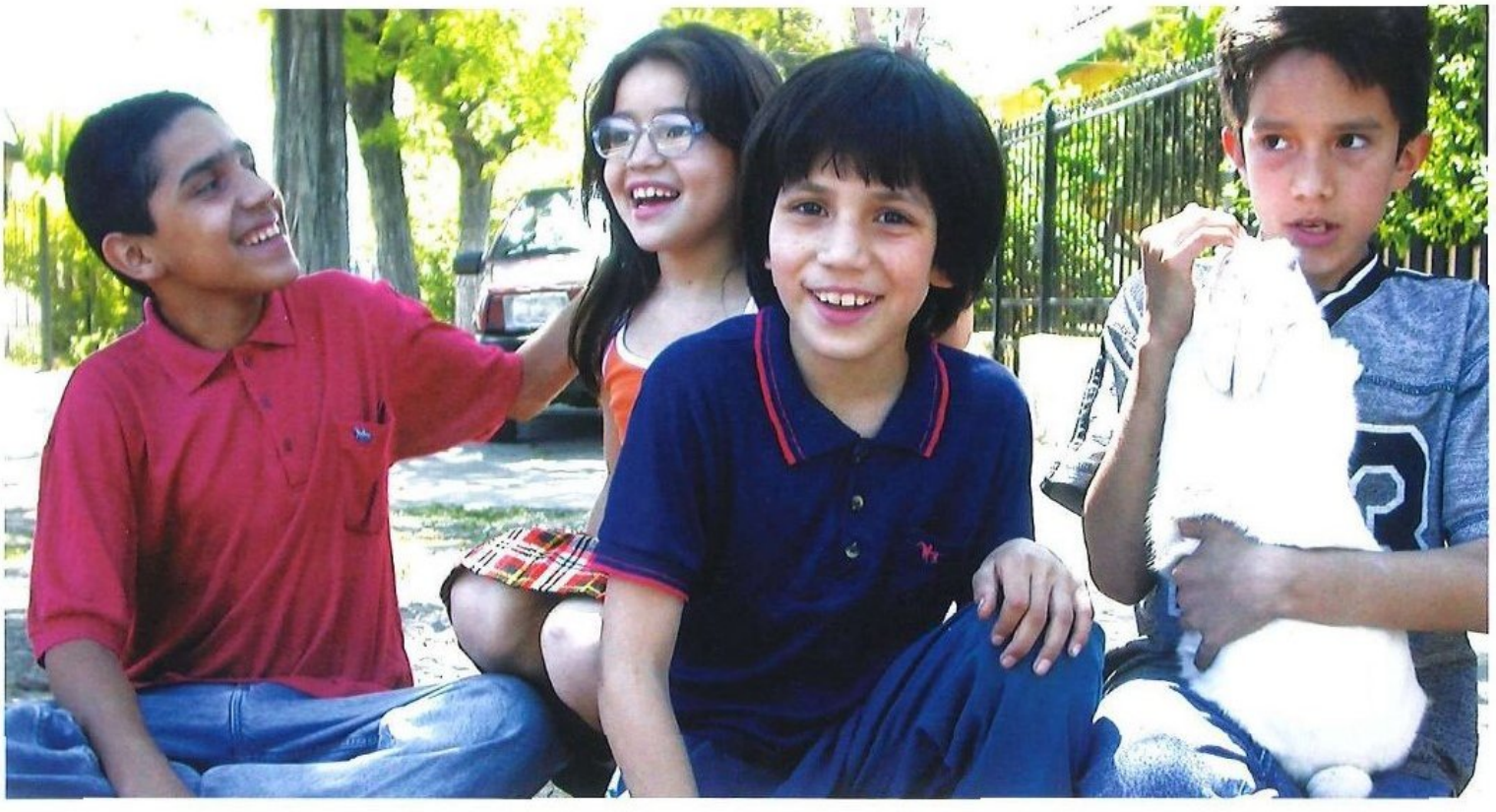
En su oficina, frente a la Estación Central, dos computadoras y varias carpetas repartidas sobre su escritorio hablan de un hombre de trabajo. Tiene 49 años y ejerce como secretario ejecutivo de Confapreco, una corporación dedicada a ayudar a los presos que él mismo fundó al salir de la cárcel en 1999. Sabemos que se trata de un ex delincuente, queremos oír las razones de su metamorfosis y entre café y café vamos conociendo su historia, la forma en que sus ojos se humedecen cuando se emociona y su manera de aspirar los Philip Morris, al compartir sus silencios.

Le cuesta empezar: "No es algo que pueda contar con alegría". Al menor de los nueve hijos de un matrimonio de clase media, todavía le duele recordar que apenas tenía seis años cuando abandonó su casa por primera vez, huyendo de los golpes de su madre. En esa oportunidad lo encontraron, pero finalmente se las arregló para que no lo encontraran más. Poco a poco fue aprendiendo a desenvolverse en la calle, a dormir acurrucado bajo los puentes del Mapocho o junto a las calderas de la maestranza en San Bernardo, cuando hacía frío. Conoció los mil sobresaltos que acechan en las esquinas, supo que los abusos y las riñas son el pan de cada noche y que en la calle la supervivencia es lo primero. "Nos juntábamos varios chicos para protegernos, el mayor de unos 12 años; mendigábamos y robábamos comida en La Vega para subsistir. Yo tenía ocho años y ésas fueron mis primeras incursiones en lo que más tarde sería mi profesión".

Varias veces fue llevado a hogares de menores, pero se arrancaba porque temía al castigo y no era capaz de repetir la misma historia de la cual venía huyendo. Vivió dos años con la familia de unos niños que conoció jugando; gente buena que le compró ropa, lo mandó a la escuela y le dio un hogar, pero, acostumbrado a robar, empezó a llevar a la casa cosas ajenas y "eso lastimó a la familia y preferí irme para no contaminar a los niños". De vuelta en la calle, comenzó decididamente su carrera delictiva. A los 14 años lo atraparon robando la radio de un auto, va detenido por primera vez y para no delatar dónde está viviendo, da la dirección de sus padres, quienes llegan a buscarlo. "No me veían desde hacía seis años y ni siquiera hubo un abrazo. Mi madre se agarró la cabeza a dos manos: '¿Qué hiciste de tu vida?', dijo y no olvido ese gesto ni sus recriminaciones. Me llevaron a la casa, pero de nuevo me fui y nunca más volví. Si me cruzo con mis hermanos, no los conozco. Ese encuentro selló mi vida anterior y dio paso a lo que iba a ocurrir en adelante".

HABITAT NATURAL

"Desde ese momento mi compromiso con el delito fue mucho más fuerte. Ser delincuente es entrar en un mundo de mucha adrenalina y cuando se destapa la fiebre por ser bandido, uno no quiere ser un mediocre. Busqué el respeto de mis pares, tener estatus y lo conseguí. Primero me especialicé en el robo a casas y departamentos, donde el prestigio se juega en la calidad de los



delitos y en la fineza con que uno es capaz de realizarlos. Fui 'gato', todo un arte en el uso de herramientas precisas y en la destreza para entrar y salir de un lugar sin ser percibido. Buscaba joyas y dinero. Quería plata, mucha plata, y entonces tomé la pistola. Comencé a asaltar bancos, financieras, casas comerciales y eso me dio mucho porque salí muy bueno con un revólver en la mano. Un arma es una locura -lo digo como ex bandido-, da poder, seguridad y un sentimiento de superioridad frente a los demás. Así que me convertí en un ser peligroso. No maté, pero sí le disparé a una persona que puso resistencia en un asalto y me agarré a tiros con los tiras en una persecución. En términos económicos, esa vida me compensó. Tenía casas, autos, acciones, vivía bien. Viajé a Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay... Pude terminar la Enseñanza Media y estudiar Confección Industrial en Inacap. Los éxitos ayudaban a acrecentar mi soberbia y mi egoísmo, estaba enceguecido. Éramos cuatro (al final cinco) los que durante 20 años trabajamos juntos y tuvimos mucho dinero: sólo en el asalto a una joyería sacamos como 500 millones. Plata conseguida en un minuto y perdida en otro, derrochada a manos llenas en mil carretes, aventuras y mujeres. Y esfumada cuando caía preso: 'La calle te la da, la calle te la quita', decíamos".

"Muchas veces me agarraron. La cárcel se convirtió en mi hábitat natural, de hecho pasé 28 años preso, cumpliendo condenas en prácticamente todas las cárceles del país, incluso en Argentina. En ocasiones me torturaron para conseguir información, pero a uno le sale un cayo en el alma y aprende a ser insensible a todo, incluso a su propio dolor. Para quien no pertenece al mundo delictivo, la prisión es el infierno; pero para quienes viven en él no es sino un accidente del trabajo. Mi última condena fue de ocho años, un mes y 17 días. La anterior había sido de 10 años y entremedio me casé con Silvia Vidal -la mujer de mi vida-, a quien conocí por carta desde la cárcel y de la que me enamoré al instante la primera vez que fue a visitarme al presidio".

"Pese a todo, la cárcel no logró humillarme. Varias veces me fugué -también parte del oficio y del prestigio- y por tercera vez me había escapado de la Penitenciaría cuando caí de nuevo. La Peni es tremenda. Tiene capacidad para 1.600 reos y meten 5.000, todos revueltos en un mundo sin ley ni piedad. Entré de 36 años, salí de 44. Y como era un reo peligroso, los tres últimos años los pasé en el disciplinario, un lugar muy restringido y con mucha violencia institucional donde se convive con lo peor. Quise reeditar las fugas anteriores,

"En ocasiones me torturaron para conseguir información, pero a uno le sale un cayo en el alma y aprende a ser insensible a todo, incluso a su propio dolor".

"Creí que las cosas iban a ser más fáciles, que al salir de prisión podría iniciar otra vida. Quería ser una persona nueva, un mejor ser humano y empecé a buscar cómo ganarme la vida honradamente. Pero nadie me dio un trabajo".

pero en Gendarmería me tenían muy marcado, entonces se me ocurrió entrar a la Pastoral Penitenciaria porque quienes participaban ahí tenían mayor libertad. Con ellos iba a ver a los enfermos y castigados, no por interés hacia esas personas, sino buscando el momento para huir. Sin embargo, estaba desanimado, deprimido y me iba sumiendo en una inexplicable desesperanza, cosa completamente desconocida para mí. Un día, ya más abajo del fondo, pesco uno de los papelitos que entregábamos a los enfermos. Lo leo encerrado en mi celda, pero cuando tomo conciencia de lo que estoy haciendo, lo boto apurado. Y ahí parte mi nueva historia. Inicialmente con un monólogo en el que empiezo a darme cuenta de quién soy, a pedir perdón -jamás lo había hecho-, a llorar. La experiencia duró unos 20 minutos y soberbiamente quise catalogarla como 'una volada'. Eso creí. Intenté dar vuelta la página y seguir como siempre, *pero nunca más fui el mismo. Por primera vez observé mi* entorno y me puse a reflexionar cuánto tiempo había estado ahí sin saber dónde estaba. Vi la miseria, la podredumbre humana, las cosa espantosas que ahí ocurrían...Y no me gustó. Empecé a sentirme un extraño en mi propio mundo. El universo en el cual transcurría mi vida, donde me manejaba seguro y tenía prestigio, ya no era el mío. No lo reconocía. No entendía qué me estaba *pasando y fue un proceso atroz porque ahora la cárcel me dolía y los deseos* de apartarme de esa vida empezaron a ser cada vez más apremiantes".

"Tuve que asumirlo frente a los que, por años, habían sido mis compañeros de trabajo. Entre nosotros hay cadenas que unen, lealtades y compromisos y fue duro y complicado decirles que no contaran más conmigo. Luego lo dije delante de los demás presos en una rueda de mate. Curioso, pero después de eso muchos querían caminar conmigo y contarme sus cosas. Ya no acudían al Manolo choro, sino al hombre que los escuchaba. Incluso creo que se generó un respeto diferente".

TOCADO POR DIOS

"La salida de la cárcel el 9 de junio de 1999 fue distinta a todas las demás. No estaban mis compañeros esperándome y de la cárcel no fui a mi casa, sino a una casa de acogida. Al otro día pasé donde mi mujer a decirle que *necesitaba estar un tiempo solo para afiatarme. Creí que las cosas iban a ser* más fáciles, que al salir de prisión podría iniciar otra vida. Quería ser una persona nueva, un mejor ser humano y empecé a buscar cómo ganarme la vida honradamente. Pero nadie me dio un trabajo. No poder llevar un pan a la casa pasa por el tema de la dignidad y del rol de hombre como proveedor, por eso provoca una angustia demoledora. Y no faltaron las tentaciones. Un día un ex compañero llegó a buscarme y me entregó una pistola para que lo acompañara a hacer un 'trabajito' de $63 millones. No fui. Y poco antes de la Navidad, cuando andaba desesperado buscando pega porque quería llevarles

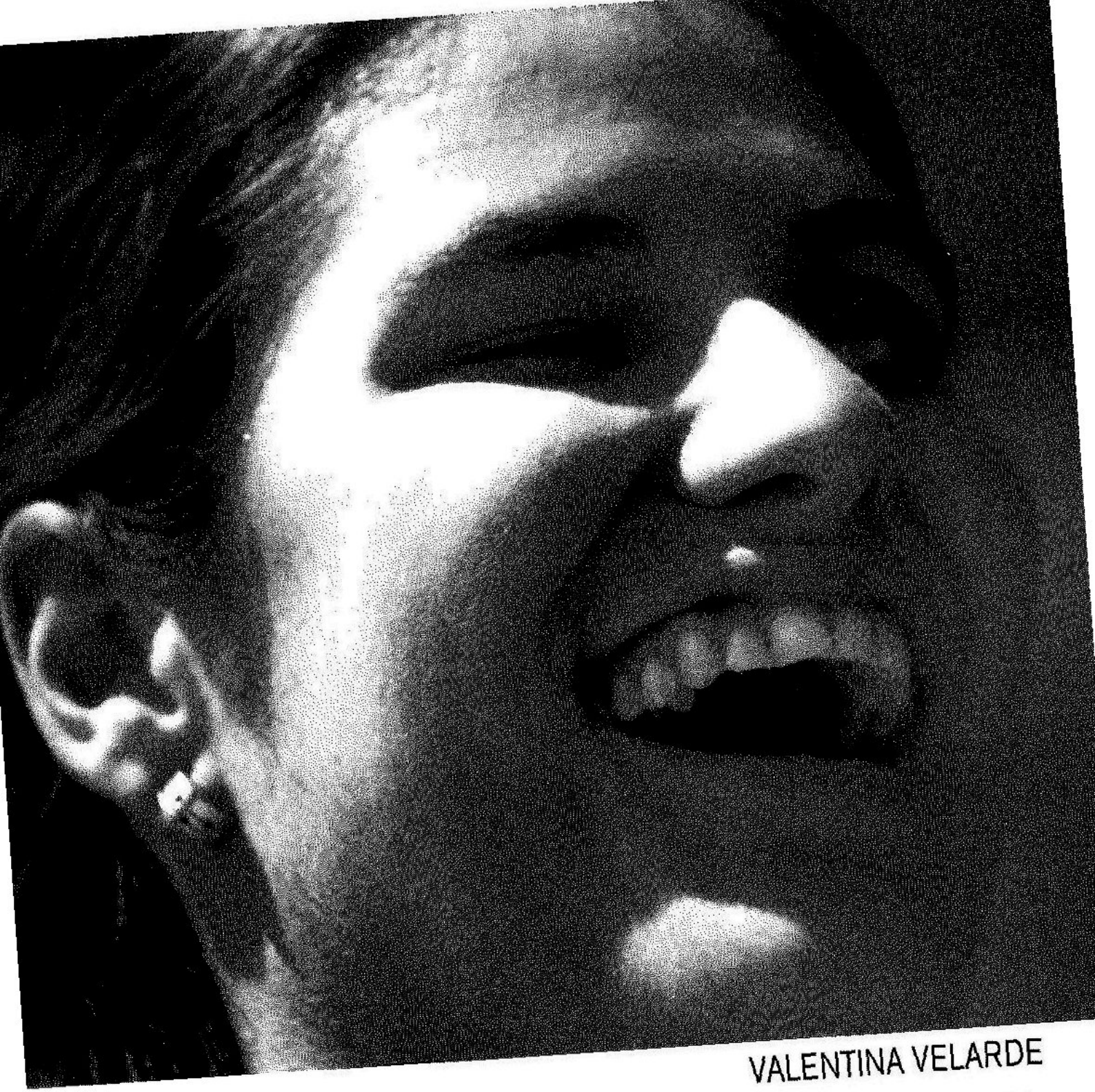
un juguete a mis hijos, aparece otro ex compañero y me invita a subir a su auto. Le cuento mi drama y me pasa dos bolsas con cocaína para entregar. La ganancia era buena, pero no acepté. Entonces me dio $150.000: 'no te ofendas, es para que pases la Navidad', me dijo. Llevé juguetes a mis cuatro hijos, pero Dios me mostró otra cosa. Esa Nochebuena ellos recibieron más regalos que nunca, tengo a mi mujer por testigo. No sé quién los llevó ni cómo aparecieron, pero había bicicletas y tantos juguetes que tuvimos que regalar porque eran demasiados. Ahí entendí 'el milagro diario de Dios': Él provee sin que siquiera se lo pidamos. Y yo que me estaba devanando los sesos por conseguir algo material...".

"A los nueve meses de salir de la cárcel conseguí mi primer trabajo: una abogada me pidió que la ayudara en unos trámites. Sólo podía pagar $30.000 al mes, pero acepté y es la plata más linda que he recibido en la vida porque me devolvió la dignidad. Al mes siguiente estaba ganando más y los ratos libres los dedicaba a la organización donde hoy trabajo tiempo completo".

"Nunca más pensé en delinquir. Hice un compromiso con Dios, conmigo y mi familia y lo asumí. Que fui delincuente es un hecho que jamás voy a poder borrar. No apruebo lo que hice ni menos me siento orgulloso, pero si bien no tiene justificación alguna, sí tiene un sentido porque conocer la calle, los hogares de menores y las cárceles me entregó la experiencia y las herramientas para ayudar a los presos desde su realidad, conociendo su mundo desde adentro y en carne propia. Ahora sé que tuve que pasar por todas esas cosas para que mi vida tuviera una razón de ser".

"No añoro nada de lo material. Sí echo de menos poder pedirle perdón a la gente que lastimé (no recuerdo sus caras ni sé quiénes son) y extraño no tener un círculo de amigos como antes tuve. La soledad es quizás el único costo que he debido pagar, pero es sólo un costo social porque tengo el amor incondicional de mi familia. Mi sueldo no es mucho -$170.000-, pero nunca ha faltado el pan en la casa y estoy contento con mi trabajo. Como en aquella Navidad, Dios provee y soy el hombre más feliz de la Tierra porque vivo honestamente y vibro con mi familia, con lo que hago, con cada paso que se avanza en esta organización; cuando ayudo a alguien o cuando alguno viene adolorido y puedo aliviarnar su carga. Eso vale infinitamente más que todos los millones conseguidos en los asaltos".

Manuel termina la última taza de café. Es hora de irnos y de hacer nuestra y vuestra la historia de este hombre que fue tocado por Dios, enfrentado al dolor de ver su propia miseria y llevado a la luz para entender, como pocos, el verdadero sentido de su vida.

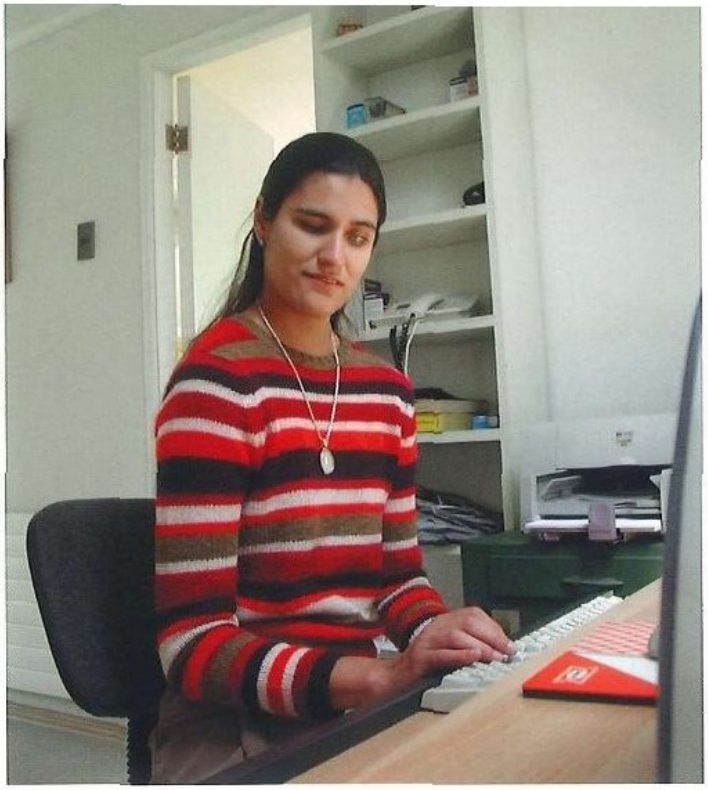


VALENTINA VELARDE

Tiene 24 años. Ha vivido desde que nació con un glaucoma congénito que le impide ver por ambos ojos. Es la primera joven no vidente que se tenga registro que ha estudiado Licenciatura en Historia en la Universidad Católica. Tiene un hermano hombre y dos mujeres, con una de las cuales comparte la misma enfermedad. Le fascina ir al teatro y viajar para descubrir otras culturas. Esta es la vida de alguien que sólo puede ver con los ojos del alma.

VALIENTE VALENTINA

Por Andrea Larroucau



Llegué tarde, entré corriendo y sólo atiné a buscar un lugar. Con el corazón latiendo y la respiración entrecortada caminé hasta el primer asiento libre que divisé en medio del pasillo, senté mi humanidad y comencé a organizar mis ideas, aún seguía acelerada, no lograba entender de qué hablaba el profesor y fue por eso que miré hacia el lado, quise preguntar qué había pasado en mi *ausencia, entonces, te vi y me asombré.*

Valiente Valentina Velarde has caminado, como todos, por los rebuscados pasillos del Campus Oriente y sin pedir consideraciones especiales te has convertido en una de las mejores alumnas de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Callada, tranquila, estudiosa, delicada en tu forma de hablar y actuar, siempre bien vestida y peinada, siempre a la hora, siempre atenta.

"La gente suele describir una persona que no soy yo, se impresionan por mí más de lo que deben, me atribuyen características que no tengo. La gente se niega a creer que actúo mucho por instinto, no por razonamiento".

Hace cinco años que me senté por primera vez a tu lado y la admiración sólo ha crecido con el paso del tiempo, es cierto que te conozco muy poco; sólo compartimos un par de ramos, más de algún apunte y quizás alguna charla en grupo sobre los versos de la Ilíada, las victorias del romano Tiberio o la rigurosidad de la historia. No obstante, la impresión sigue allí. No quieres entrevistas, ni mucho menos periodistas, alegas convencida que "la gente suele describir una persona que no soy yo, se impresionan por mí más de lo que deben, me atribuyen características que no tengo. La gente se niega a creer que actúo mucho por instinto, no por razonamiento". Aun así, me aceptas en tu casa bajo la amenaza de la verdad, pero no cualquiera, sino la tuya.

Buscas una palabra que te defina y la primera que sale de tu boca es: soberbia. Puede que tengas razón, puede que realmente seas soberbia, pero vaya ¡qué soberbia!, porque es ella la que te permite levantarte cada día, vestirte y salir a la calle. Es ella la que a ratos te hace olvidar que prácticamente no ves nada, que sólo distingues luces y sombras porque el glaucoma ha cubierto tus ojos.

Seguir tu rutina diaria podría demostrarnos a muchos lo pequeños que somos al quejarnos una y otra vez por sandeces. Es una verdadera lección ver cómo esperas pacientemente la micro en el paradero, mochila al hombro y bastón en mano, pides que te avisen cuando se detenga la 220. Sin embargo, aseguras que aquello no tiene nada de extraordinario y como si la explicación fuera

evidente, para todos, cuentas que así ha sido a lo largo de tus 24 años. Que debes hacerlo porque un invidente "no puede darse el lujo de ser un intelectual sin trabajo. Tienes que hacer algo útil no por plata sino por crecer, por trabajar y descubrir lo que hay más allá".

Todo en tu vida ha sido "normal"; ser ciega y estudiar era seguir el camino lógico, tal como lo hizo tu hermana mayor Catalina (30), con quien compartes el mismo mal. Ella obtuvo la licenciatura en Filosofía en la Universidad Católica de Valparaíso y hoy es religiosa trapense.

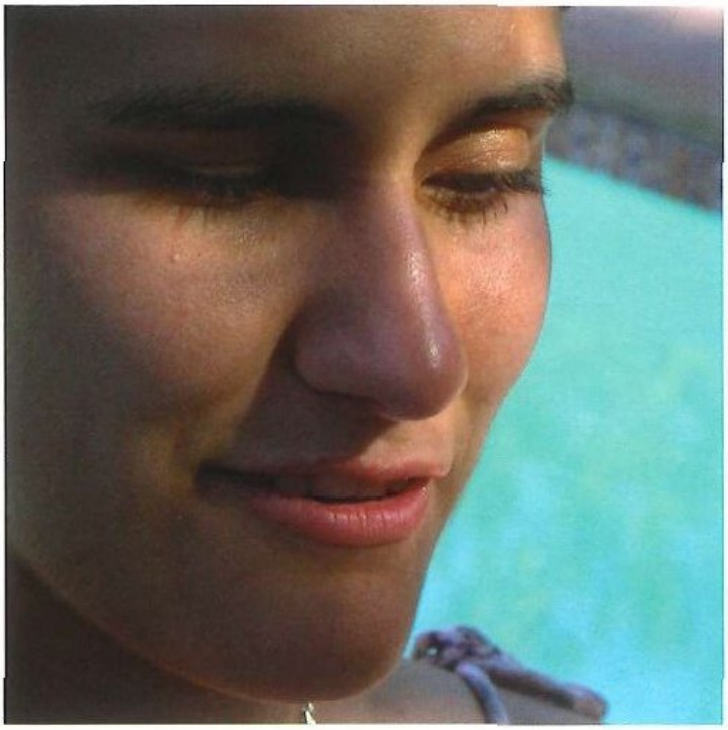
Fuiste a un colegio como cualquier otro, The English Institute, y entraste a estudiar historia porque sentiste una especie de certeza, una idea que se te metió en la cabeza. Acompañada de cuaderno y punzón tomas apuntes en braille a una velocidad vertiginosa, impregnando las salas de un suave murmullo creado por la perforación del papel.

Te adecuas a las situaciones y tratas de pasar inadvertida, obedeciendo a cierta timidez que a ti te gusta llamar juguetonamente "autismo", no quieres compasión ni mucho menos idealizaciones. Tienes buenos y malos momentos, al igual que todo el mundo, sólo te limitas y te dejas abatir cuando te duelen los ojos, cuando el glaucoma se hace presente y te recuerda tu condición, amenazando con dejarte un poco más a oscuras.

Tratas de no crearte límites ficticios, de llevar una vida tan corriente que nada te impida desplazarte, incluso si ese trasladarse incluye largos viajes como el del verano del 2001, época en que junto a tu madre recorriste Europa, para echarle "un vistazo" a todo lo que habías aprendido en las salas de clases, es decir visitar el Partenón, sentir el olor que emanan de las catacumbas romanas, tocar la arena del Coliseo y dejar que el aire madrileño rozara tu cara para así recrear en tu imaginación colores, formas y materiales que en tu vida has visto.

Reconoces que no es fácil figurarse todo aquello porque "uno ve como en una dimensión, no existe el sentido de profundidad y no eres capaz de abarcar todos los espacios al mismo tiempo". Para quienes tenemos el don de la visión cuesta comprender cómo ves el mundo y qué te puede motivar a viajar, pero una vez más tu frase del día vuelve a repetirse, "es parte de la vida", y comentas que "estar en un lugar te entrega muchas experiencias; no importa que no veas, pero eres capaz de estar allí y sentir otras realidades, ver cómo hablan, qué hacen o cómo se comportan". Tal es tu capacidad de observación que entre risas me cuentas que el país que menos te gustó fue Suiza porque todo era frío y estructurado.

Algo así como te defines tú: estructurada, ordenada al grado de maniática, pero también agregas que es por necesidad. Debes saber dónde va cada cosa, tener un esquema no sólo mental sino que físico de lo que vives. Eso es en parte lo que tú llamas sobrevivencia.



Has aprendido desde temprano sobre la humildad. "Si me complicara pedir ayuda, no podría hacer nada; lo bueno es que generalmente la pido para cosas externas, como por ejemplo que me impriman un documento o me lean algo". También has tenido que probarle al mundo -y con creces lo has logrado- que eres capaz. "Las personas creen que porque uno es ciega es tonta. Todo el tiempo estás probando que sabes lo que haces para que el resto te permita hacerlo y no te imponga otra cosa".

Dices que no pretendes ser ejemplo de nadie, que tu vida es normal porque así te la enseñaron; sin embargo reconoces, a veces, que produces cierto asombro en los otros y que quizás puedes dejar una huella: "Creo que la gente que te ha marcado, te ha educado y uno crece porque otros le van dejando huellas. Si soy capaz de dejarle algo a alguien, es positivo, sobre todo porque siendo discapacitada puedo abrir la mentalidad de los otros".

TU OPCIÓN

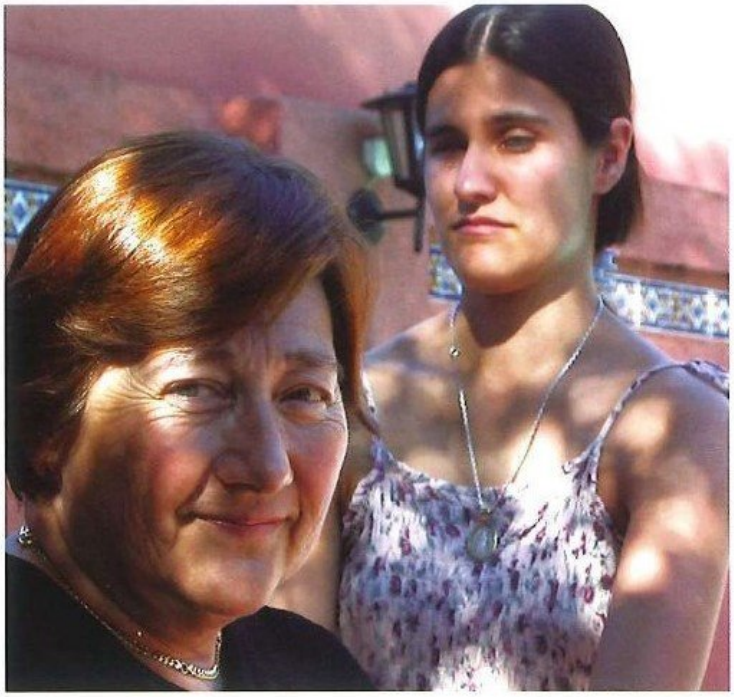
La carrera de Historia fue tu elección profesional y por cierto que no ha sido fácil, entrar fue un logro (no hay registros de otro alumno ciego en las aulas del Instituto). Mantenerte allí, un gran desafío ya que "todo el mundo estaba pendiente de si la Valentina se la podía o no", y no has estado ajena a la frustración: "Cuando llegué a 4° año fue duro porque me di cuenta de que no podía investigar, fue entonces que volví a pensar que quizás debí haber estudiado Derecho, porque hay muchos ciegos que son abogados, pero no quería irme por lo fácil. También pensé en Filosofía, pero no quería ser igual a mi hermana. Tampoco podía ser Matemática o Arquitectura, son carreras muy abstractas".

Has descubierto en la historia un trabajo intelectual que te hace feliz. "El hombre es un ser histórico que independiente de la época en la que haya vivido se parece a ti, pero a la vez es distinto porque está inserto en un período determinado. Tiene que ver con el sentido profundo de ser hombre, de ser parte de una creación".

Mezclando fe con estudio confiesas que la figura de Cristo como un ser histórico te atrae muchísimo, sin ser una persona mística, pero sí de mucha fe, te has ido empapando de la noción de historia como un plan divino, acotando "que es tan real que él se hizo hombre y logró dividir el tiempo en dos y creo que vislumbrar eso, dimensionarlo, es abrirse más y más a lo que ocurre con el hombre como ser libre".

Al comprender que el trabajo de investigadora no era factible decidiste continuar la mención en Pedagogía. Se podría pensar que lo obvio sería hacerles clases

"Si te encierras, como muchos lo hacen, te pierdes lo que hay afuera, lo que otros te pueden contar, te pierdes parte de la realidad. Además, en mi casa vivo con personas que ven perfectamente: mis papás, mis otros dos hermanos, Pedro Pablo y la Macarena, no son ciegos, entonces mi mundo normal es el de los videntes".



a otros ciegos; no obstante, tu respuesta es muy clara: "No, porque el ciego tiene conductas que deben ser corregidas constantemente, por ejemplo, muchos no videntes tienen la tendencia a apretarse los ojos, lo que no es bueno y para saber lo que están haciendo tienes que ver. Hacer clases no es sólo contar una historia, sino que educar, corregir posturas, actitudes y para eso debes ver".

Agregas que puede parecer desconsiderado, pero la idea de rodearte sólo de ciegos no te atrae: "Si te encierras, como muchos lo hacen, te pierdes lo que hay afuera, lo que otros te pueden contar, te pierdes parte de la realidad. Además, en mi casa vivo con personas que ven perfectamente: mis papás, mis otros dos hermanos, Pedro Pablo y la Macarena, no son ciegos, entonces mi mundo normal es el de los videntes".

Hablas de tu familia y dejas traslucir la importancia de ella en tu vida, virtud que pocos jóvenes tienen la costumbre de hacer. No pretendes describirla llena de superhéroes, muy por el contrario, vuelves a enfatizar la normalidad existente tras cada uno; sin embargo, no niegas que eres lo que ellos te han permitido ser y en eso hay un agradecimiento implícito. Si cada hijo fuera fiel reflejo de sus padres, les estarías haciendo un cumplido diario a los tuyos.

A MODO DE DESPEDIDA

Tus ganas de aparecer lo más verdadera posible en esta entrevista son tu derecho, pero también está el de quienes te ven, el de aquellos que se asombran por tu normalidad en un mundo, en una sociedad que tiene como parámetro la discriminación. Eres una mujer sencilla, soberbia, linda por dentro y fuera, con ojos ciegos pero alma alerta, coqueta y tierna, tan fuerte como humilde, observadora, decidida, tozuda. Con cientos de virtudes en potencia y la disposición para explotarlas. Con defectos como cualquiera, ni uno más ni uno menos, pero con la ventaja de ser, al igual que todos, una pequeña creatura en constante evolución.

La próxima vez que te subas a una micro, que camines confiadamente por Providencia o pidas un libro en la biblioteca, ten presente que más de un par de ojos estarán mirándote y aunque no lo pretendas, no lo busques, ni mucho menos lo quieras, estarán impresionados, porque más que soberbia se requiere de coraje para vivir sin ver, en un mundo de videntes que no es mucho lo que quieren mirar.

CECILIA CASTELBLANCO

Tiene 76 años, quedó viuda con nueve hijos, cuando llevaba 13 años de matrimonio. No tenía profesión y estaba dedicada por completo a sus niños. Actualmente tiene 35 nietos y cinco bisnietos, comparte su historia de esfuerzo, optimismo y perseverancia.

GANARLE A LA ADVERSIDAD

Por Magaly Arenas

Le cuesta hablar de sí misma, y con sincera modestia se sorprende cuando recibe la admiración por la tremenda tarea que llevó a cabo sola con sus nueve hijos.

Lo más probable es que cualquiera, en su caso, se hubiera echado a morir, literalmente hablando. Tenía 34 años, esperaba su noveno hijo y nada le hacía suponer a esta mujer -sin profesión, dedicada ciento por ciento a su marido e hijos- que le tocaría tan dura prueba: quedar viuda.

Cecilia reconoce que esta experiencia la llevó a descubrir y sacar unas capacidades que ni se imaginaba que tenía. Fue una sorpresa para todos, partiendo por su padre y madre, a quienes sorprendió cuando, a pesar de lo difícil que se vislumbraba el futuro, sobre todo por la incertidumbre económica, decidió seguir viviendo sola con sus niños, y se negó a irse con ellos.

El dolor la hizo madurar de manera violenta, de golpe. Hija de un político y diplomático, había sido una niña mimada, primero por sus padres y después por su marido. Estaba acostumbrada a una vida buena. Por eso uno puede imaginar que la viudez fue para ella más dura que para otra mujer y, por lo mismo, su alegría de vivir y su optimismo son más sorprendentes. "Fue complicado salir adelante, pero no sé si fue con la ayuda del Señor o de mi marido, desde allá arriba, pero me la pude y hoy todos mis hijos son profesionales y doy gracias a Dios porque están bien".

A esta encantadora mujer le cuesta hablar de sí misma, y con sincera modestia se sorprende cuando recibe la admiración por la tremenda tarea que llevó a cabo sola con sus hijos.

Uno de los momentos más terribles que recuerda fue esperar el nacimiento de su hijo sin su marido al lado. "Alfredo murió en octubre y durante ese verano yo hice muchas cosas para que la guagua naciera bien en el mes de mayo. Me repetía, por ejemplo, que tenía que comer, aunque en verdad no podía tragar. Después que nació tuve un gran bajón...".

DECISIONES CORRECTAS

Dentro del shock que significó su viudez tan temprana, Cecilia pensó y decidió bien. Tuvo claridad dentro de la tristeza que la inundaba para rehacer su vida junto a sus hijos. Así se cambia de su casa grande a una pequeña, pero en la misma calle. Comienza a trabajar su liebre como un transporte escolar. Con el dinero que hereda de su marido se asocia y compra una peluquería. Todo

La falta de tiempo para haber estado más con sus hijos es lo único que lamenta Cecilia, pero en verdad, esa alternativa no existía en esos años dedicados al trabajo.

con la ayuda de Luz Vergara, la nana que le permitió seguir adelante y trabajar para mantener a su familia.

"El primer año me fue pésimo, no sabía nada de peluquería. De hecho, cometí todos los errores que se pueden cometer". Pero aprendió el negocio y lo hizo muy bien. Llegó a tener 32 personas trabajando en su local. Fue una empresaria exitosa, sin lugar a dudas. Luego por circunstancias políticas un hermano la dejó por unos años a cargo de una empresa. Dos tareas tan intensas eran demasiado para cualquiera, pero ella las enfrentó. Su gran capacidad laboral era un talento que aún no había descubierto.

Por esos años, su hija mayor anunció matrimonio y ese feliz acontecimiento desencadenó en Cecilia un remezón. Se dio cuenta de que los últimos años casi no había estado con ella. Y comenzó a buscar un nuevo trabajo, pero con una carga horaria menor; no quería seguir con ese ritmo tan intenso.

"Empecé a decirle a todo el mundo que necesitaba un puesto de gerente y mis amigos se reían. Yo sé que no sabía mucho, pero sí había logrado administrar bien un negocio, eso lo había demostrado". Y así apareció el trabajo que la acompañaría durante 20 años. Administró los fondos del Centro de Investigación y Desarrollo para la Educación (Cide). "Así pude estar cerca de mi hija, sobre todo cuando nació su primera guagua, y eso fue muy importante para mí".

La falta de tiempo para haber estado más con sus hijos es lo único que lamenta Cecilia, pero en verdad, esa alternativa no existía en esos años dedicados al trabajo. Quizás por lo mismo, y en un afán de toda la familia de recuperar ese tiempo, es que Cecilia ahora no está nunca sola en su casa. Siempre almuerza acompañada por hijos y nietos. Suele tener invitados a alojar, cuenta, mientras se oyen las voces de dos jóvenes nietos que recién están levantándose.

"Fue complicado salir adelante, pero no sé si fue con la ayuda del Señor o de mi marido, desde allá arriba, pero me la pude y hoy todos mis hijos son profesionales y doy gracias a Dios porque están bien".

"Siempre hace falta un papá, aunque mis hijos con el tiempo se acostumbraron a que la única autoridad era la mamá"

Y como su capacidad de trabajo pareciera ser infinita, le ayuda a una hija que tiene una tienda y los viernes coopera en las Hermanitas de los Pobres bañando a los ancianos, donde muchas veces resulta ser que ella tiene más edad que los ancianos a los que ayuda.

HACE FALTA UN PAPÁ

Siempre optimista y de buen humor, esta mujer vivió momentos de estrechez, de angustia y también de soledad: "Siempre hace falta un papá, aunque mis hijos con el tiempo se acostumbraron a que la única autoridad era la mamá". A pesar de que la presencia de él la acompañó permanentemente. "Siempre estuvo a mi lado, pero durante los primeros años no tuve ni una foto de él en la casa. Era doloroso verla, además había pocas porque él las sacaba. Y, añade con coquetería, por causa de esas fotos él era el eterno joven y la mamá, la eterna vieja".

"Hasta hoy tengo una comunicación muy cercana con él. Le pido cosas, lo reto y lo castigo. Cuando pongo su foto patas para arriba los niños me dicen, ¿y ahora por qué tiene castigado al papá? Y se mueren de la risa".

DIOS A NADIE DEJA SOLO

Aunque le cueste reconocer y valorar su tremendo esfuerzo personal por sacar adelante a sus nueve hijos, no le cuesta nada agradecer y recordar a todos los que la han ayudado durante su vida, en especial a sus vecinos, su comunidad católica y un grupo de sacerdotes.

"Tengo los mejores recuerdos de mis vecinos, eran tan preocupados, me ayudaban tanto, nunca me sentí muy desamparada. Si hasta me llamaban al trabajo para contarme que la guagua estaba llorando mucho, que algo debía pasar. Y luego me enteraba de que tenía dolor de oídos". Recuerda con especial cariño a su vecina Teruca de Arellano, viuda igual que ella. "Me daba ánimo y me decía que Dios a nadie deja solo".

Durante los primeros años de su viudez siguió participando en una comunidad del movimiento familiar, lo que se transformó para ella en un gran apoyo para la formación de sus hijos, porque en los maridos de ese grupo encontraba las respuestas y la visión de papá que sus hijos no tenían.

Varios sacerdotes amigos se preocuparon permanentemente de ella y sus niños, como los padres Alfonso Vergara y Calixto Morgado, Patricio Cariola y Mario Silva. "Recuerdo que llegaba a la casa y estaban ahí conversando con ellos, los iban a ver y eso les ayudó mucho a tener una visión distinta". La práctica de la religión católica ha sido para Cecilia fundamental en su vida. "Cuando me he sentido en un hoyo también he sentido que alguien me está ayudando desde arriba y con su mano me saca del hoyo".

UNA INTENSA VIDA FAMILIAR

A pesar del exceso de trabajo, del poco tiempo disponible, Cecilia luchó siempre por cultivar una vida familiar muy íntima. Igual como se negó a vivir con sus padres porque no le parecía que ellos tuvieran que hacerse cargo de su familia. Así también mantuvo una costumbre familiar que ideó en los años de mayor trabajo y que tenía por objeto estar más cerca de sus hijos. Ésta consistía en reunirse un domingo al mes solos, madre e hijos. En estas reuniones familiares se revisaban como familia, veían en qué estaban mal y se tomaban acuerdos,

tuvieran muchas cosas, incluso cuando se las pude dar. Me interesaba que estuviéramos juntos". Incluso llegó a salir de camping con 18 niños, los nueve propios y cada uno acompañado de un amigo. Nada la hacía decaer en su preocupación por lo primordial en su vida: sus hijos.

"Siempre tuve una mirada positiva; dentro de todo esto que me pasó, siempre pensé que podía salir adelante. Eso les ha servido a mis hijos porque tienen una visión plena de la vida pues a ellos, a los García Castelblanco, les tocó ver muchas cosas y les tocó duro".

"Hasta hoy tengo una comunicación muy cercana con él. Le pido cosas, lo reto y lo castigo. Cuando pongo su foto patas para arriba los niños me dicen, ¿y ahora por qué tiene castigado al papá? Y se mueren de la risa".

acciones bien concretas para mejorar, y al mes siguiente eran revisadas y evaluadas. "De esos años -recuerda- quedó esa costumbre que mis hijos pueden dialogar sin problemas, decirse entre ellos lo que deseen y seguir queriéndose como siempre, a pesar de que tengan, por ejemplo, las más diversas ideas políticas".

Cecilia tuvo siempre claro que lo primero era enfocarse en lo esencial. "Lo importante era que los niños estuvieran bien, nunca me pareció relevante que

Así como también le tocó a ella, aunque su optimismo, confianza y sentido del humor no le permitan reconocer la tremenda tarea que sacó adelante. Hoy resulta muy emocionante ver la estrecha relación que hay entre sus nueve hijos, 35 nietos y cinco bisnietos... La Misión ya está cumplida... ahora sólo queda disfrutarla.

HISTORIAS DE ESPERANZA

REALIZADO POR
Desafío S.A
Directores
Pedro Alberto Arellano M.
Denis Gallet D.

DIRECCIÓN Y EDICIÓN GENERAL
Mariella Rossi W.

PERIODISTAS
Magaly Arenas
Cecilia Eyzaguirre
Rosario Guzmán E.
Andrea Larroucau
Felipe Rodríguez
Mariella Rossi

FOTOGRAFÍA
Marco Antonio Angellini
María José Arellano
Pedro Arellano

DISEÑO
Círculo Gráfico

CORRECTOR DE TEXTOS
Miguel Ortiz

IMPRESIÓN
Quebecor World Chile S.A.

Inscripción N° 136525
ISBN 956-7268-31-2
Primera Edición 5.000 ejemplares

Desafío S.A. • Sánchez Fontecilla 1246 • Teléfono 207 8746 • informaciones@desafio.cl • www.desafio.cl

Santiago de Chile, Noviembre de 2003

HISTORIAS DE ESPERANZA

DESAFIO